



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

DANZA MACABRA

DANZA MACABRA

MARK HALLORAN

DANZA MACABRA

1ª EDICIÓN
ABRIL - 1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 2243 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1960

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960**

NUMERO DE REGISTRO 599/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

480 — El hombre de Dodge. 603 — Johnny ha vuelto.

En Colección BUFALO:

61 — Ha llegado un hombre. 189 — Jinetes en el cielo. 305 — El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

499 — Tumbas sin flores. 502 — La pantera rubia. 504 — Funeral por un traidor.

En Colección CONGO:

4 — Los diamantes de Kwan.

En Colección KANSAS:

69 — Johnny Puma.

En Colección ASES DE LOESTE:

28 — ¡Volad, insectos de plomo!

**DANZA
MACABRA**
por
MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Fue por causa del calor.

Así son a veces las cosas: aumenta la temperatura, o desciende, aunque sólo sean unos grados, y queda trastocado el destino de un hombre. Es risible. Uno se esfuerza, sigue el camino que se ha trazado, lucha por la vida, se instala en el lugar que le corresponde en el mundo, y un día, porque hace más calor o menos calor, todo se va a paseo.

Por causa del calor, Steve Randall se dio una ducha. Había apenas terminado de dársela, estaba secándose, todavía en el cuarto de baño, cuando oyó el ruido de la puerta de la habitación inmediata al cerrarse.

La habitación inmediata era la suya, la ocupaba solo y nadie tenía nada que hacer en ella.

Se envolvió en la toalla como en un *sarong* y abandonó el cuarto de baño para averiguar la identidad del intruso.

El intruso era una intrusa.

De este modo no del todo desagradable se inició la danza macabra que iba a tener por escenario el Jardín del Edén. Más tarde, al recordar aquel principio, Steve había de maravillarse de los caprichos del azar, del absurdo zigzag de la existencia en el momento en que uno la cree recta como un surco.

Entonces no pensó en esto. No era adivino, difícilmente podía prever lo que en los días siguientes le tocaría presenciar. Entonces no se preocupó más que de admirar a la mujer que tenía delante.

Era una mujer de extraordinaria clase. Decir que era bella no hubiera bastado para definirla, porque no era la belleza lo que de ella llamaba la atención. Su encanto procedía de algo peculiar que carecía de expresión física; de una especie de tensión femenina llevada al grado máximo, concentrada, destilada como un perfume. Su figura perfecta y elegantemente curvada irradiaba el más

inquietante magnetismo. Estaba llena de contrastes. Su rostro oval, sus rasgos suaves, su tez tostada, sus estupendos ojos azulgrises, sus labios maquillados de un tono luminoso, todo ello encerraba una extraña sugestión exótica que acentuaban sus cabellos rubio claro, peinados con exquisita gracia. Llevaba un escotado y ligero vestido de tela estampada blanca y salmón, un bolso de mano, y bajo el brazo una revista.

Steve preguntó con sonriente calma:

—¿Puedo servirla en algo?

Ella se había sobresaltado al verle aparecer, pero dominó al instante su sorpresa y su alarma. Ahora sostenía con firmeza su mirada y no se mostraba turbada por el examen a que él la estaba sometiendo.

—Le ruego que me perdone. Temo haberme equivocado de habitación.

Steve enarcó una ceja al oírla hablar. Sus palabras le habían sonado como música.

—Debí suponer que era usted americana. Sólo en nuestro país son capaces de producir semejante obra de arte. Y permítame asegurarle que no se ha equivocado de habitación: está en el marco adecuado a...

—Por favor.

—Muy bien. —Steve se encogió de hombros—. No soy aficionado a los requiebros y las frases galantes. Le he dicho eso para olvidarme de que estoy en ridículo —señaló la toalla, única ropa que cubría su musculoso cuerpo—. Puede marcharse y desaparecer de mi vida.

La mujer retrocedió un paso hacia la puerta, y de pronto se detuvo y sonrió.

—¿He herido su amor propio?

—Mi sociabilidad natural, mi instinto gregario. Llevo días y días no oyendo a mi alrededor más que gruñidos y lamentos árabes. Su modo de hablar ha hecho vibrar dentro de mí la fibra patriótica, eso es todo.

—Lamento defraudarle.

—¡Oh, no se preocupe! Soy resistente.

La desconocida asió la manija de la puerta. Titubeó. Parecía darse cuenta de lo insólito de la situación, y Steve creyó adivinar su

propósito de adoptar una actitud más amistosa.

Pero no lo hizo.

Abrió la puerta.

—Adiós.

—Hasta la vista —replicó él—. Hospedándonos en el mismo hotel es forzoso que volvamos a vernos.

—Adiós —insistió ella— y buena suerte.

Desapareció.

Steve permaneció unos momentos contemplando la puerta cerrada. Sacudió la cabeza. Un segundo después de haberse marchado la muchacha, su presencia ya parecía un sueño.

¿Quién sería y qué haría allí?

El hotel no estaba en las rutas habituales de los americanos, que solían ser las rutas de las regiones petrolíferas. El momento no era propicio a los viajes turísticos: una conjuración abortada, un atentado, patrullas militares, malestar en todo el país. Como siempre. Una bella joven americana, elegantemente vestida, no encajaba en el cuadro; resultaba tan incongruente como uno de aquellos fellahas a quienes se veía holgazanear por todas partes lo hubiera resultado en una habitación del «Waldorf Astoria» neoyorquino.

Steve, haciendo una mueca, apartó la mirada de la puerta y comenzó a vestirse. Mientras se abrochaba la camisa trató de calcular el tiempo que llevaba sin haber visto a una mujer como aquélla. Meses... Largos meses. La última vez debió de ser en Ankara, antes de que se instalase en las históricas riberas del Éufrates para excavar las no menos históricas tierras del Tell Kudur.

Meses.

Podían perdonársele ciertas cosas. Aunque muchos opinaran de otro modo, él era, a fin de cuentas, un hombre como los demás.

Terminó de vestirse y bajó al bar.

Estaba cerrado. No había nadie, ni siquiera camareros.

Retrocedió al vestíbulo para dirigirse a la oficina de recepción, donde un empleado de inalterable sonrisa y sombríos ojos tomaba notas en una cuartilla.

—¿No funciona el bar?

El empleado saludó con una reverencia.

—Funcionará si usted lo desea, *effendi*.

—No sería mala idea. A propósito, ¿hay otros americanos en el hotel?

—Temo que no, *effendi*. Es usted el único extranjero.

Steve abrió la boca.

—¿El único? Estoy seguro de que se hospeda aquí una compatriota mía, una señorita rubia que lleva un vestido blanco y salmón...

—¿Salmón? —repitió el empleado, sorprendido—. ¿Qué es eso, *effendi*?

—Una clase de pez. Un color rosa pálido.

—*Effendi*, ninguna señorita, ninguna señora rubia se hospeda en el hotel. Sin duda se trata de una equivocación.

Una sensación de irrealidad se apoderó de Steve.

—O de un espejismo.

—¿Qué es eso, *effendi*?

El americano cerró los ojos. Una equivocación, un espejismo, ¡un cuento! No estaba en el desierto. No había bebido ni una gota de alcohol.

—Recuérdeme que le regale un diccionario la próxima vez que pase por aquí —dijo—. Y avise de que abran el bar. ¿A qué hora sirven el almuerzo?

—Dentro de media hora, *effendi*.

¿Un espejismo?

La mujer había estado en su habitación: le parecía verla aún. Bella, civilizada, elegante, exquisita y, ¡cómo no! tentadora. No era una alucinación. Los sentidos no le habían engañado.

Encendió un cigarrillo y pasó al bar.

El barman, de tez oscura y perfil aguileño, se ajustaba la chaquetilla.

Steve tuvo que contentarse con un *whisky* de escasa calidad a precio de escocés legítimo. No le sorprendió. Los viajeros occidentales habían casi desaparecido del país, y los musulmanes no bebían por precepto religioso, por lo menos en lugares públicos. Llevaba allí el tiempo suficiente para haberse acostumbrado a la situación.

Repitió su pregunta.

—¿Una señorita rubia? —replicó el barman, en un inglés de escuela de párvulos—. ¿Una señorita americana?

No la había visto. No sabía una palabra de ella.

Steve bebió resignadamente su *whisky*.

¿Y bien?

En las frescas y luminosas noches del Tell Kudur, mientras él leía en el interior de su tienda a la luz de la lámpara de petróleo, un mundo misterioso alentaba más allá de las paredes de lona. En aquel mundo al cual un occidental no tenía ni tendría nunca acceso, cualquier cosa era posible. Los obreros indígenas se libraban a extraños conjuros. La eterna magia negra de los desiertos revivía sus ritos. Carcajadas de júbilo, gritos de horror, alaridos histéricos y voces humanas rasgaban las tinieblas. Otras veces, cánticos. Otras, el silencio más espeluznante. Era la vida secreta de los fellahs, lo había sido desde los tiempos remotos de Asiria y Babilonia, desde las extinguidas civilizaciones cuyos restos dormían bajo aquella tierra, la más fértil, sabia y cansada del globo, donde en la primera hora de la Humanidad se abrieron las flores del Paraíso.

Pero él era ajeno a todo aquello. Estaba seguro. Ningún sortilegio traspasó nunca las lonas de su tienda. Nadie le había hechizado. Lo que veía lo veía de verdad. Había visto a una mujer en su habitación, y había una mujer.

¿Realmente?

Media hora.

Steve terminó el *whisky* y firmó la cuenta del bar. Con las manos en los bolsillos se aproximó a las ventanas para mirar afuera entre las celosías que resguardaban del crudo sol. Al otro lado de la polvorienta carretera, los campos de algodón cubrían la llanura. El moderno edificio de un almacén se alzaba a la derecha. Las miserables viviendas del poblado se encontraban en dirección contraria. Un árabe flaco, de barba gris, harapiento, pasaba montado en un asno.

Años atrás aquella comarca hormigueaba de turistas. El hotel había sido construido para albergar a los centenares de ingleses de ambos sexos que con calzones cortos y salacot acudían a visitar las ruinas de Ctesifonte o de Seleucia. Nada quedaba de todo ello. El turismo, los viajes y la animación habían decrecido paulatinamente a medida que el mundo árabe entraba en ebullición, para desaparecer definitivamente después del sanguinario asesinato del rey Feisal. El Irak era ahora prácticamente un país prohibido.

Steve se dirigió al comedor.

Cinco mesas se hallaban ocupadas, las cinco por hombres solos, árabes de clase elevada, *effendis*, altos funcionarios. Tres de ellos vestían a usanza oriental, uno a la europea, el quinto de uniforme.

Tras saludar con la cabeza, Steve ocupó una mesa apartada. Un camarero soñoliento colocó ante él el menú, una página escrita en árabe y en inglés, carente por entero de atractivos.

Primer plato.

Cerveza. Cerveza inglesa embotellada.

Una tela blanca y salmón.

Steve se quedó con un bocado a medio engullir. Levantó la cabeza.

Ante su mesa estaba de nuevo la joven americana. Real, consistente, palpable. Le miraba de una manera rara, en silencio. En su rostro había una expresión de incertidumbre. En sus ojos, una visible emoción. Respiraba agitadamente.

Steve se puso en pie.

—¿Le ocurre algo?

Los cinco hombres, desde las cinco mesas restantes, tenían la atención fija en ellos. O en ella.

—No me ocurre nada —respondió la muchacha—. No se mueva, por favor.

—¿Por qué no se sienta? Es posible que esta comida sepa mejor compartida con un compatriota.

La joven miró hacia el fondo del comedor, donde había una puerta.

—¿Quiere hacerme un favor?

—Naturalmente.

Ella depositó sobre la mesa la revista que llevaba bajo el brazo.

—Guárdeme esto y encargue al camarero cualquier cosa para mí. Vuelvo enseguida.

—¡Eh, un momento!

—¿Qué quiere?

—Está usted asustada.

—No diga tonterías.

Steve presenció cómo la mujer le volvía la espalda y se alejaba, con un airoso balanceo de caderas, hacia el fondo del comedor, para desaparecer por la puerta en cuya dirección había mirado.

Suspiró y volvió a sentarse.

Tenía, por supuesto, que existir una explicación natural y razonable para la conducta de la muchacha. Existía explicación para todo. No era menester recurrir a espejismos, a sortilegios, a sueños. Bastaba con esperar para que todo se aclarase.

Llamó al camarero.

Examinó la revista mientras en la mesa era dispuesto otro servicio. Una revista francesa para mujeres. Modas, novelas ilustradas, consultorio, reportajes gráficos e innumerables anuncios de medias y ropa interior. En el margen superior de una de las páginas centrales, una anotación en apresurada tetra femenina: «Ibrahim Harran, 161 Diarbekir Street, Bagdad».

Bastaba con esperar.

El servicio había sido dispuesto. El primer plato estaba servido.

Steve había interrumpido su comida, Aguardaba.

Uno tras otro, los cinco comensales abandonaron el comedor. Habían terminado. Media hora.

¡Media hora!

La muchacha no había regresado aún.

Steve llamó de nuevo al camarero.

—Trate de averiguar dónde está la señorita.

Por un momento temió que el camarero te preguntase: «¿Qué señorita?». No se lo preguntó. ¡Cielos! Tenía entre las manos la revista que ella te había dejado. No fue un sueño ni una fantasía. Había estado allí, ante él.

El camarero no reapareció hasta al cabo de unos minutos.

—Señor, la señorita no está en el hotel. Nadie la ha visto. No consigo encontrarla.

—¿Nadie la ha visto?

—Nadie, señor.

—Pero usted sí, ¿no es cierto?

—Por supuesto, señor. Nadie la ha visto desde que salió de aquí.

—¿A dónde conduce aquella puerta?

—Los lavabos están delante. Por la derecha se sale al vestíbulo, por la izquierda a la terraza.

Steve titubeó.

—Está bien, retire ese servicio y ese plato. A mi tráigame otra cosa. Dese prisa; traiga lo que sea, pero dese prisa.

La muchacha no regresó.

¿Por qué?

Esperar, a veces, no bastaba.

Enojado, desconcertado, Steve terminó apresuradamente su comida y abandonó el comedor abanicándose con la revista francesa.

¡Buen lugar el valle del Tigris para que una mujer joven, bonita y extranjera, jugase a los despropósitos!

Fue al bar, acodóse en el mostrador y pidió un café.

—*Excusez-moi, monsieur* —le dijo alguien transcurrido un momento—. *Vous pas tout-à-fait français...*

n'avez

l'air,

CAPÍTULO II

Steve miró de hito en hito al hombre que le había hablado. Ocupaba ante el bar el escabel contiguo al suyo. Era un individuo de cincuenta años, esbelto, distinguido, de tez mate, ojos negros, cabello abundante, gris en las sienes. Vestía con sobriedad y corrección comparables a las de un diplomático británico. Su acento francés había sido impecable.

—*Je suis Americain* —respondió Steve.

El hombre quedó complacido.

—Eso me pareció, pero la revista que lee me desorientaba —se expresaba en inglés con la misma precisión que en el anterior idioma—. Disculpe que haya interrumpido sus reflexiones. Soy sociable por temperamento.

—Se lo agradezco; también yo lo soy.

—Me llamo Mohamed Riad.

—Steve Randall.

—¿Interesado en cuestiones femeninas?

Aludía a la revista.

—Me he acostumbrado a leer todo cuanto cae en mis manos —dijo Steve—. Durante bastante tiempo no he tenido muchas ocasiones de elegir.

—Eso significa que ha vivido en un lugar aislado.

—Para cualquier hombre un país extranjero es hasta cierto punto un lugar aislado.

Mohamed Riad acentuó su sonrisa, que descubría dos hileras de blancos y saludables dientes.

—Este país no debería ser extranjero para ningún hombre, señor Randall. Ha sido la cuna de todas las razas, todas las culturas, todas las civilizaciones y todas las lenguas. Adán y Eva, nuestros comunes padres, vagaron dichosos por esos campos de algodón que hoy ve usted ahí si se asoma a la puerta.

—Lo cual no pasa de ser una hipótesis.

El café había sido servido.

Steve lo probó. Buen café, hecho al estilo árabe y con grano árabe.

Riad fijaba la mirada en su taza.

—¿Conoce usted bien la Mesopotamia, señor Randall?

—Me precio de conocerla bien.

—Trabaja, ¿no es así? para alguna compañía petrolífera... La «Irakoil», sin duda. Sé que sus técnicos practican sondeos al nordeste de Gut-el-Amarah.

Steve apuró el último sorbo de café.

—Soy arqueólogo.

—¡Arqueólogo! —exclamó Riad con sorpresa.

—¿Qué tiene de particular?

—Nada, supongo. Pero he conocido a varios arqueólogos: el doctor Bluber, *sir* Alexander Hunt, el doctor Morris, y ninguno de ellos se parece a usted. Me refiero...

—Ya sé. Yo no uso gafas, ni barba, ni semejo vivir en la Babilonia de hace cinco mil años, ni necesito sobrealimentación.

—Algo parecido. —Riad sacó del bolsillo una pitillera de plata—. Disculpe la vulgaridad... Comprendo que es infantil clasificar a las personas según clichés determinados: el sabio, el comerciante, el deportista, el militar, cada cual con su físico adecuado, pero uno no puede evadirse de la costumbre. ¿Qué idea se ha formado usted, por ejemplo, de lo que soy yo?

Steve miró al hombre a los ojos.

—Un alto funcionario del Estado, un diplomático, un intérprete...

—Soy profesor de Matemáticas en Basora. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—Educado en Inglaterra y Francia, cursos en Alemania, dos años de residencia en los Estados Unidos, doctorado en El Cairo —agregó Riad, haciendo funcionar su encendedor—. Más de la mitad de la vida en Occidente, y sin embargo, oriental de pies a cabeza, de cerebro a corazón. ¿Le sorprende?

—No —dijo Steve, por decir algo.

Veía la puerta del vestíbulo por encima del hombro de su interlocutor. Pensaba en la muchacha americana que aparecía y

desaparecía como por arte de encantamiento. Pensaba en su figura sensual, en su expresiva boca, en su rostro exótico, en su imponderable atractivo.

Algo le había ocurrido. Algo fuera de lo corriente.

Quizá habría debido ir en su busca en lugar de perder el tiempo con un profesor de Matemáticas ocioso...

Quizá.

—¿Espera usted a alguien?

Steve sacudió la cabeza y pidió por señas otro café.

—No, no espero a nadie.

—Había creído... Bien, un arqueólogo. ¿Ocupado en algún trabajo concreto, si no es indiscreción preguntarlo?

Steve sintió ganas de bostezar.

—Dirijo las excavaciones en el Tell Kudur.

—Eso está a orillas del Éufrates, al sudoeste de Hilleh...

—Exacto.

—El padre Éufrates —dijo Riad, nostálgico, expeliendo dos chorros de humo por la nariz—. El padre Éufrates y el padre Tigris, cuya historia es la historia de la Humanidad desde hace milenios y lo será durante los milenios futuros.

Steve asintió distraídamente.

—Milenios.

El árabe reía en silencio.

—Una palabra sin sentido para la mayoría de los americanos. Ustedes, señor Randall, suelen tamizar el mundo a través de su sensibilidad y nunca le conceden su exacto valor, pecando unas veces por exceso, por defecto otras, hoy por entusiasmo, mañana por frialdad. Es una lástima, porque crea que Oriente merece la pena. Y no me refiero al Oriente enterrado que usted se entretiene en sacar de nuevo a luz.

La segunda taza de café había sido servida.

—Muy notable —murmuró Steve—. Realmente notable.

Riad señaló en dirección a la ventana con gesto negligente.

—Ahí fuera, ante nosotros, discurre el padre Tigris. El mundo actual ha nacido de su cauce. Marduk y los antiguos dioses caldeos: Shamash, el sol; Sin, la luna; Istar, el amor; Bel, la tierra; Ea, el mar, todos están ahí, bañándose en las aguas, mirándose en su espejo. La arcilla conserva eternamente las huellas de los grandes reyes, desde

Messilim y sus morenos sumerios, hace seis mil años, hasta Nabucodonosor y Baltasar. Pasó Ciro, pasó Alejandro Magno, pasaron los gallardos hijos de Mahoma... Usted, sin duda, sabe todo esto mucho mejor que yo.

—Sin duda.

—Pero la diferencia reside en que para usted es algo muerto, un montón de ruinas, un fragmento de historia. No puede negarlo, señor Randall; no puede negarlo como hombre de ciencia, ni como americano, ni como occidental. Para mí, en cambio, es sólo una porción del presente, del mismo modo que el agua del Tigris que en estos momentos se desliza junto a las casas de Basora, mucho más abajo de aquí, sigue siendo el río aunque nosotros ya no la veamos. Estamos en la tierra más viva y fecunda de lo que se llama el Fértil Creciente, en un lugar y en un momento histórico en que las fuerzas renovadoras de la Humanidad, tras una callada fermentación de miles de años...

—¿Le gusta a usted el café? —preguntó Steve.

Se acercaba la taza a los labios.

El fuego que había comenzado a arder en los negros ojos de Mohamed Riad, a medida que le arrebatában sus propias palabras, se apagó de repente.

—Estoy abrumándole con mi verborrea.

—Nada de eso. ¿Le gusta el café?

El árabe suspiró.

—Sí, me gusta. Pero también me gusta conversar y discutir; le he dicho, ¿no? que soy sociable por temperamento. Y hacía mucho tiempo que no me encontraba ante un hombre culto con el cual intercambiar ideas y opiniones.

—Quiere decir que hace mucho tiempo que no se encontraba con un americano, o por lo menos con un occidental.

En el vestíbulo se oía repetidamente el «clinc» de la campana de la oficina de recepción, que alguien hacía sonar con insistencia.

—¿Le parece que su nacionalidad me importa, señor Randall?

—Le importa mucho —replicó Steve con frialdad—. Usted no quiere intercambiar ideas y opiniones. Lo que quiere es dar salida a sus delirios de grandeza.

—¡Señor Randall!

—Lo siento, pero he conocido a docenas los hombres que me

han hablado del Fértil Creciente, del despertar del mundo árabe, de las fuerzas renovadoras que durante siglos han fermentado en secreto, de que su hora llega ya. El Irak está lleno de hombres así. El Oriente Medio está lleno de ellos. Le producen a uno dolor de cabeza. Desde que la revolución egipcia derrocó al rey Faruk, abundan por todas partes como moscas.

—No es usted muy prudente expresándose de ese modo —observó Riad, ceñudo.

Una voz colérica sonaba en el vestíbulo.

—Alrededor de doscientas personas me han dicho eso antes que usted —asintió Steve—. Yo también soy sociable y amigo de una buena charla, no vaya a imaginar lo contrario; sólo que las fantasías histórico-mitológico-políticas me ponen los nervios de punta y procuro evitarlas a toda costa. La experiencia me ha enseñado que la mejor manera es atajarlas en cuanto asoman en el horizonte. ¿Le gusta a usted el café?

Mohamed Riad titubeó. Por último se echó a reír.

—Usted gana. Muchas cosas me molestan de los americanos, pero aprecio su devastadora franqueza. Sí, me gusta el café. A mi entender, el mejor café del mundo se cosecha en la meseta de El Kach, al sur de Sana, en el Yemen, no propiamente en Moka. El café de Moka se lleva la fama, pero las más selectas calidades que de él pueden encontrarse no proceden de allí, sino de El Kach —la sonrisa de Riad había reaparecido. Ahora era burlona—. El café, señor Randall, hay que cosecharlo en Arabia y beberlo en Italia. El Kach y Milán. Nadie como los italianos ha conseguido...

A la voz colérica del vestíbulo se habían sumado Mlán. Nadie como los italianos han conseguido...

Steve tuvo súbita conciencia de aquellos ruidos a los que hasta entonces no prestara atención. Los sintió repercutir dentro de sí con ecos siniestros.

¿Algo anormal?

—Discúlpeme —dijo al árabe.

Abandonó apresuradamente el bar.

El hombre de la voz colérica era el militar de uniforme a quién viera en el comedor. En aquel momento había callado. Se encontraba ante la oficina de recepción, vacía, y tenía cerca a uno de los sirvientes del hotel, un hombrecillo humilde, apabullado por

sus recientes gritos.

El militar y el sirviente miraban hacia una de las puertas laterales del vestíbulo, de donde procedían los golpes y las restantes voces.

Steve anduvo hacia allí.

Los lavabos.

El comedor quedaba a un lado, los lavabos al otro, y al fondo de un tramo de pasillo estaba la terraza. Por la puerta del comedor se había marchado la joven americana cuando la vio por última vez.

En los lavabos se hallaba reunido un grupo de personas. Forcejeaban pugnando por abrir una puerta, y al llegar Steve semejaban a punto de conseguirlo.

Una puerta cerrada. Una muchacha desaparecida.

Steve se dijo a sí mismo: «No, no le ha ocurrido nada, es imposible. Esto no se relaciona con ella ni con su desaparición. No puede relacionarse».

La puerta se astilló y cedió con un violento crujido.

Uno de los hombres comenzó a jurar en árabe, como si ladrase. Otro lanzó una exclamación de asombro. Los demás permanecieron mudos.

Steve se abrió paso de un empujón.

Había en el suelo del pequeño gabinete una forma siniestra.

Pero vestía el uniforme del hotel. Era un hombre. Era el encargado de la oficina de recepción.

El individuo que juraba le sacó a rastras al pasillo. Se veía enseguida que estaba muerto y bien muerto. Le habían estrangulado con una soga o un cordón: tenía dibujado en torno al cuello un círculo casi del color de las violetas.

En el pasillo se hizo un silencio penoso.

—Es Alí —dijo en árabe el hombre que había jurar do—. Es Alí, le han matado, ¡miradle!

Steve preguntó en el mismo idioma:

—¿Hay algún destacamento de policía?

—¡Sí!

—Enviadle aviso. No debéis asustaros. Un día u otro Alá nos premiará a todos con la muerte.

El hombre se volvió a él. Protestó en tono lastimero:

—¡Pero es Alí! ¡Le han matado!

El militar y el sirviente acudían desde el vestíbulo. Uno de los huéspedes figuraba en el grupo, el resto eran empleados. A aquella hora de calor tórrido, hora de la siesta, la gente que se encontrara a mano sería sin duda muy poca.

—Qué horrible —murmuraba una voz ronca—. Qué horrible, qué horrible...

Steve escrutó los rostros uno por uno. El hombre que murmuraba y el que pronunció los asustados juramentos estaban impresionados por lo que veían. Pero eran los únicos. Los demás afrontaban el espectáculo de la muerte con estolidez oriental.

El militar miraba arrugando la frente y haciendo muecas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Steve.

Necesité paciencia y perseverancia para obtener una respuesta clara. Al parecer, algún tiempo antes se había advertido la ausencia del recepcionista. El militar necesitaba sus servicios, y en vano le había llamado golpeando insistentemente la campana del escritorio. Por otro lado, mientras el militar desahogaba su cólera a gritos, uno de los sirvientes había notado que, en los lavabos, la puerta de uno de los gabinetes llevaba largo rato cerrada. Llamó a ella, no contestó nadie y trató de abrirla. Varias personas acudieron en su ayuda.

Esto era todo.

El hombre que juraba era el gerente del hotel. Cuando observó que él y el militar se sobreponían al desconcierto de los primeros instantes, Steve se retiró. Lo hizo con una mirada al cadáver de aquel sujeto de sonrisa inalterable y sombríos ojos que poco más de una hora antes le había hablado lleno de vida. La expresión de su cara, con las pupilas congeladas de horror, era escalofriante. Recordó que había prometido regalarle un diccionario inglés la próxima vez que pasara por allí. Ahorrarse el regalo era un magro consuelo.

Pensó: «¿Dónde estás criatura?...». ¡La muchacha americana! «¿Por qué ha muerto este desdichado? ¿De qué tenías miedo cuando viniste al comedor? ¿Por qué dijiste en mi cuarto que te habías equivocado de habitación, si ni siquiera te alojabas en el hotel? ¿Qué es lo que ocurre?».

Regresó al bar.

Mohamed Riad ya no estaba. No había nadie.

El barman abandonaba su puesto para curiosear lo sucedido. Steve le retuvo por un brazo.

—¿Se ha marchado el *effendi* que estaba conmigo?

—Se marchó hace un momento... Señor, ¿qué es lo que pasa?

—¿Dónde has puesto mi revista?

—¿Revista?

—Yo tenía una revista. La he dejado en el bar.

El camarero asintió enérgicamente.

—El *effendi* se la ha llevado, señor.

Steve le oprimió el brazo. Exclamó en árabe:

—¡Di la verdad! No me importa que te la hayas guardado para mirar las ilustraciones de mujeres, ¡pero si mientes te arrancaré los dientes uno a uno! ¿Dónde está la revista?

—¡Le juro, señor, que el *effendi* se la ha llevado!

¿Una distracción? ¿Un hurto deliberado?

¿O mentía el barman, porque era árabe y el primer impulso de un árabe es contestar a cualquier pregunta con una mentira, y Mohamed Riad no se había llevado la revista consigo?

—Está bien.

La revista. ¡Una tontería sembrada de anuncios de medias y prendas interiores! Pero era el único recuerdo, la única prueba de que la muchacha americana había existido.

Steve siguió al barman con la mirada cuando éste, libre ya de la presión de su mano, se escurría hacia el vestíbulo.

La única prueba.

Fuera lo que fuese, no le gustaba lo que estaba ocurriendo allí. Partiría en dirección a Bagdad aquella misma tarde.

Subió a su habitación.

Lanzó una exclamación de cólera al abrir la puerta.

Sus maletas se hallaban sobre la cama, con las cerraduras forzadas, abiertas, desparramado sin orden su contenido. Unos momentos le bastaron para comprobar que no faltaba nada. Se trataba de un registro, no de un robo.

¿Un registro por qué?

CAPÍTULO III

De los dos policías, uno, el suboficial, hablaba inglés; el otro, un agente, no despegaba los labios.

El primero preguntó:

—¿Norteamericano?

—Sí —dijo Steve.

—Su documentación, por favor.

Las maletas continuaban sobre la cama, su contenido en desorden. El pasaporte de Steve aparecía sobre unos calcetines.

—Ahí tiene.

El policía tomó el documento y lo estudió con atención. Observó después:

—Los cierres de sus maletas han sido forzados.

—En efecto. Acabo de encontrarlas así.

—¿Un robo?

—No falta nada.

Los ojos de suboficial despidieron un destello.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Sospecha usted de alguien?

—Se han cometido otros delitos más graves en el hotel.

—Eso no contesta a mi pregunta, señor.

Steve se pasó la lengua por los labios.

—Después del almuerzo he encontrado en el bar a un hombre que ha dicho llamarse Mohamed Riad y ser profesor de Matemáticas en Basora. Cincuenta años, delgado, elegante, ojos negros, abundante cabello, sienes grises. Educado en el extranjero. Domina los idiomas francés e inglés, y probablemente otros. Me dio conversación, dijo una serie de tonterías —Steve miró al policía a la cara— acerca del Fértil Creciente y el resurgir del mundo árabe. Ahora pienso si su charla no ocultaría otros propósitos. Me miraba de un modo especial, parecía estar a la expectativa de mis reacciones; y sin duda lo que intentaba era distraerme, ganar

tiempo, entretenerme allí.

—¿Mientras otro practicaba este registro?

—Por ejemplo.

El suboficial sacó del bolsillo un cuaderno de notas.

—¿Quiere repetirme el nombre de ese individuo?

—Mohamed Riad.

—¿Se encuentra usted aquí de paso, señor Randall?

—De paso para Bagdad. Seguiré viaje hoy mismo.

—¿Qué hace en la República del Irak?

—Soy arqueólogo. Dirijo una investigación subvencionada por la Fundación Kerridge, de Nueva York.

—¿De dónde viene?

—Del Tell Kudur, al sudoeste de Hilleh.

El policía hizo una mueca.

—País de tribus levantiscas.

—No del todo adictas al Gobierno, ciertamente.

—¿Podría haber alguna relación entre su trabajo y el registro de que han sido objeto sus maletas?

—Lo dudo. No guardo secretos. Cualquier persona interesada en las excavaciones de Tell Kudur no tiene más que preguntarme. Por lo demás, dichas excavaciones se efectúan bajo la supervisión del Gobierno del Irak. Colabora conmigo el profesor Ismail Kanatir, del Instituto de Asiriología de Bagdad.

—¿El profesor Kanatir ha quedado en el Tell Kudur?

—Sí.

El suboficial carraspeó.

—Bien. ¿Ha observado en el hotel algo sospechoso, señor Randall?

—Le he dicho lo de Mohamed Riad. Me ha parecido sospechoso únicamente hasta cierto punto.

—¿Algo más?

Steve pensó: «Tú y yo volveremos a vernos algún día, muñeca, y entonces me contarás la verdad».

—No.

—¿Quién es la señorita que debía almorzar con usted?

El tema vidrioso había salido a relucir. Como si el policía hubiera leído sus pensamientos.

—Puede que a usted le sorprenda, pero no la conozco. Se

presentó de improviso en el comedor, me preguntó si tenía inconveniente en compartir mi mesa con ella, anunció que volvería enseguida, y se marchó. Cambió de idea, sin duda.

—Usted no la conoce —repitió el policía, mirando al techo—. Sin embargo, había preguntado por ella el encargado del bar. Se la había descrito. Dijo que era una señorita americana.

Steve no se inmutó.

—La había visto momentos antes desde la ventana de mi cuarto; desde ahí, detrás de dónde está usted. Me pareció americana. Si no me equivoco, empero, era francesa. O por lo menos dejó una revista francesa sobre la mesa del comedor.

No podía ocultar aquel detalle. El policía se había informado, era evidente, interrogando a los camareros y al barman. Si le habían hablado de la muchacha era posible que lo hubiesen hecho también de la revista.

—¿Tiene usted esa revista, señor Randall?

—La olvidé en el bar. Se la llevó Mohamed Riad, según creo.

El policía suspiró.

—¿Conoce usted a alguien en Bagdad?

—A varias personas. El doctor Tharab, director del Instituto de Asiriología, dará de mi cuantas referencias deseen. Voy precisamente a entrevistarme con él. He telegrafiado anunciándole mi visita.

—¿Desea declarar algo más?

—No —Steve se preguntó por qué la muchacha americana habría sido eliminada tan pronto de la conversación—. Sólo me agradaría cambiar impresiones con Mohamed Riad. Este lugar es un oasis en medio del desierto y dudo que se haya marchado sin ser visto. En una parte u otra estará.

—¿Acusa usted de algo a ese hombre?

En el tono del policía había cierto retintín.

—De hurtarme una revista francesa.

—Tomaré nota —la tomó. Luego dio a entender con un ademán que la entrevista había terminado—. Me veo obligado a rogarle, señor Randall —añadió—, que no abandone el hotel hasta que mis jefes hayan sido informados de lo ocurrido y me transmitan instrucciones.

—¿Eso representa mucho tiempo?

—Sólo unas horas. Será mejor para todos que soportemos este pequeño engorro con paciencia.

Steve se encogió de hombros.

—Para el muchacho de la oficina de recepción no ha sido exactamente un pequeño engorro. ¿Se llamaba Alí?

El suboficial abrió la puerta e hizo una seña al agente.

—Alí Rachid —respondió.

Y se marchó con su subordinado.

Steve miró durante largo rato la puerta cerrada.

Alí Rachid.

El profesor Mohamed Riad, de Basora.

¿Qué tenebroso misterio envolvía a aquella deliciosa mujer de voz musical, rasgados ojos

azul-gris,

labios tentadores y admirable figura?

¡A una mujer americana!

Y bien, ¿qué tenebroso misterio la unía al infeliz recepcionista estrangulado en el lavabo?

El asunto, con asombrosa rapidez, le fue quitado de las manos a la policía local. Steve consideró significativa tanta rapidez cuando, antes de anochecer, se enteró de la llegada al hotel de un coche con agentes especiales: algo relacionado con la muerte de Alí Rachid no estaba lo bien que debía estar.

Más tarde descubrió que algo relacionado con su propia persona no, estaba tampoco bien del todo. Dos agentes vestidos de paisano le visitaron en su habitación. No se mostraron precisamente amables.

—Tenga la bondad de repetir la declaración que ha hecho al subteniente Maheda —ordenó uno.

Steve obedeció procurando ser fiel a sus anteriores palabras.

—Trate ahora de reconstruir la conversación que sostuvo con Mohamed Riad. En todos sus detalles, a ser posible.

Steve obedeció de nuevo. Los hostiles y duros ojos negros del agente no se apartaron un momento de los suyos.

—¿Está seguro de que eso no ocurrió antes del almuerzo?

—Claro que estoy seguro. Pregúntele al *barman*.

—Él no lo está.

—No me haga usted reír. El barman me sirvió un *whisky* antes

del almuerzo, y entonces me encontraba yo solo; me sirvió un par de cafés después de aquél, y entonces Mohamed Riad se encontraba conmigo. ¿Qué dice él?

—¿Riad?

—Sí.

—No hay rastro de Mohamed Riad en el hotel, señor Randall. No se hospeda aquí. Con excepción del barman y de usted, nadie le ha visto.

—Puede que lo hayamos inventado.

—Sería muy de extrañar —replicó con frialdad el agente.

—O imaginado. O soñado —Steve sonrió—. Un espejismo.

—Cualquiera sabe.

El segundo agente miraba al exterior por la ventana.

Steve dijo:

—Lo más sencillo es creermelo, pero si no quiere usted hacerlo sus razones tendrá. Yo no me retracto de una sola palabra. Lamento no poder ayudarle.

El agente que estaba junto a la ventana lanzó una pregunta de sopetón:

—¿Tiene usted algún contacto con el señor Dudley, de la Embajada americana?

—¿Eh?

—En contra de su afirmación, señor Randall, lo más sencillo sería que se franqueara usted con nosotros —el hombre, alto y enjuto como un beduino, avanzó unos pasos hacia el centro de la habitación—. No me parece que hacerlo le perjudicase.

Steve le miró fijamente.

Sabía lo que significaba la alusión al «señor Dudley, de la Embajada americana». Charles S. Dudley era el jefe del Servicio de Información.

—Sospecho que me toma usted por lo que no soy, amigo.

—Quizá. ¿Desea usted seguir viaje a Bagdad esta misma noche?

—Sí.

—No hay inconveniente por nuestra parte, con tal que nos comunique las señas de su residencia allí y se atenga a las instrucciones que le demos. No es culpa nuestra. Es suya, compéndalo.

—¡Comprenderlo! —exclamó Steve burlonamente—. Soy poco

ducho en resolver jeroglíficos.

—Piénselo bien, señor Randall. Tarde o temprano averiguaremos el motivo de su novelesca declaración.

—¿Qué declaración?

—La de que estuvo hablando en el bar de este hotel con Mohamed Riad.

Steve hizo un gesto de sorpresa.

—Pero ¿es de veras que no cree usted eso? ¿A pesar de que el barman vio a ese hombre, le tuvo ante las narices y le sirvió el café?

—El barman dice que vio y sirvió a un hombre cuya descripción coincide aproximadamente con la que usted nos brinda. No dice que aquel hombre se llamara Mohamed Riad.

—¡Oh, infiernos! Así que es el nombre lo que importa; así que el nombre de Mohamed Riad tiene para ustedes especial significado.

El agente pestañeó.

—Naturalmente que lo tiene. Y para usted también, o de lo contrario no se hubiera apresurado a traerlo a colación. —Los dos hombres se miraron y el que hablaba señaló la puerta—. Espero que recapacite, señor Randall. Y si realmente desea continuar su viaje, hágalo cuanto antes. Queda autorizado. Para nada le necesitamos ya.

—Muy agradecido —respondió Steve, absorto.

Presenció cómo los dos agentes, tras saludar con la cabeza, abandonaban la habitación.

¡Mohamed Riad!

No había pensado en serio que la fugaz intervención del profesor de Matemáticas de Basora pudiera tener alguna trascendencia. Y la tenía. Suprema trascendencia, al parecer. Su hipótesis —una corazonada— de que Riad le había entretenido en el bar para dar tiempo a que alguien registrara su equipaje sería en este caso más que verosímil.

Y había otros aspectos a considerar. Uno de ellos, que Alí Rachid, el recepcionista, estaba ya muerto cuando él se encontró con Riad en el bar; es decir, que Mohamed Riad pudo muy bien haberle matado.

¿Motivo?

Steve fijó la mirada en los cierres rotos de sus maletas.

¡Cualquiera imaginaba el motivo!

¿Otros aspectos?

Los agentes no habían mencionado a la muchacha americana. ¿Por qué? No ignoraban su existencia, como no la ignoraba la policía local. ¿Por qué no habían dicho sobre ella una palabra?

—Al diablo —murmuró Steve.

Ordenó apresuradamente su equipaje, cerró las maletas cómo pudo y bajó al vestíbulo para saldar la cuenta del hotel.

Todo estaba tranquilo ahora.

El gerente se ocupaba de la oficina de recepción. Ya no juraba. Había recobrado su máscara de impassibilidad árabe.

Steve ordenó que fuera preparado su coche.

Un mozo fue enviado en busca de las maletas.

Uno de los agentes aguardaba junto a la puerta de salida.

—¿Cuál será su hotel en Bagdad, señor Randall?

—El que usted me indique, mientras sea cómodo.

—El Heluak Palace, entonces. Y no se sorprenda si la policía se interesa reiteradamente por usted.

—Ya nada me sorprende.

El coche estaba preparado, con las maletas a bordo. Steve se sentó ante el volante.

Volvió una vez la cabeza, una sola, cuando se alejaba por la polvorienta carretera que bordeaba los campos de algodón. El hotel se alzaba rutilante de luces en la semioscuridad del crepúsculo. Años atrás, por la época en que la Mesopotamia hormigueaba de turistas, el edificio había albergado a un animado rebaño de ingleses que se lanzaban a descubrir ruinas con sus calzones cortos y su salacot. Era entonces una colmena de vida y jolgorio.

Ahora en Oriente Medio reinaba el caos. Ahora el hotel albergaba la muerte.

Steve murmuró:

—¡Oh, al diablo!

Y pisó a fondo el pedal del gas.

CAPÍTULO IV

Por excepción, la situación en Bagdad parecía normal. Había sido levantado el toque de queda. Los autores del reciente atentado estaban detenidos. Una enérgica «purga» había eliminado del Ejército a todos los oficiales sospechosos de haber intervenido en la última conspiración, y con ellos a todos los susceptibles de participar en la siguiente.

El Heluak Palace era un hotel de medianas dimensiones, moderno, limpio, casi vacío de huéspedes y sorprendentemente caro. Un hotel proyectado para esquilmar a los extranjeros y a la gente metida en los negocios de petróleo.

—¡Señor Randall! —canturreaba a lo largo del salón un botones, con fonética casi indescifrable—. ¡Señor Stephen Randall! ¡Señor Randall!

Steve apartó el vaso de *whisky* de su boca y suspiró.

—Aquí.

El botones se llevó la mano a la gorra. Dijo en árabe:

—Un señor pregunta por usted en el vestíbulo.

En el salón había otras tres personas, una de ellas escribiendo una carta, las dos restantes leyendo periódicos.

No estorbarían, quienquiera que fuese el visitante.

—Trae aquí a ese señor.

Era un hombre joven, de inexpresiva y bien rasurada cara, impecablemente vestido de blanco, que avanzó tendiendo una mano larga y fuerte.

—¿El señor Randall? —preguntó en correcto inglés—. Soy Yusuf Abbasim, ayudante del doctor Tharab. Me ha enviado a darle la bienvenida, lamentando no poder hacerlo en persona. ¿Ha tenido usted buen viaje?

—Regular.

—¿Llegó anoche?

—Esta madrugada. Anoche cubrí la última etapa, y he dormido hasta mediodía... Ha sido usted muy amable molestándose.

Abbasim quitó importancia al hecho con un ademán. Amplió el ademán hasta comprender en él todo el salón.

—Ha elegido usted un buen hotel, querido colega, pero, por supuesto, el doctor Tharab reclama el honor de ser su anfitrión durante el tiempo que pase usted aquí. Tengo orden de conducirlo a su casa.

Steve sacudió negativamente la cabeza.

—Lo lamento. Me veo obligado a renunciar al placer de su hospitalidad. No lo tome a descortesía, por favor. He contraído el compromiso de alojarme precisamente en el Heluak Palace.

—¿Un compromiso?

—Con la policía.

Abbasim subió y bajó las cejas.

—¿Ha sufrido usted algún contratiempo? El doctor Tharab y yo mismo, en nuestro nombre y en el del Instituto de Asiriología, tendríamos sumo gusto...

—Una tontería —atajó Steve.

Y relató a grandes rasgos lo sucedido la tarde anterior, aunque absteniéndose de mencionar a la joven americana.

El árabe le miraba fijamente.

—Querido colega, no se preocupe. Esta misma tarde procuraremos arreglarlo todo. Las circunstancias generales porque atraviesa la República del Irak son difíciles, pero ha tenido usted la suerte de llegar a Bagdad en buen momento.

—Eso me ha parecido —Steve se encogió de hombros—. ¿Usted sabe quién es el profesor Mohamed Riad, de Basora?

—Jamás oí su nombre.

—La policía parecía saberlo. Es más, parecía saber que la presencia de aquel hombre en el hotel tenía especial significado. La idea de los agentes era que lo tenía incluso para mí.

Una rápida sonrisa se deslizó por los labios de Abbasim.

—Muy curioso —Señaló con el pulgar uno de los ventanales del salón—. Tengo el coche ahí fuera, doctor Randall. Si acepta un consejo, le diré que se venga de todos modos a casa del doctor Tharab y nosotros gestionaremos los trámites oportunos para que la policía le deje en paz. De lo contrario se verá expuesto

momentáneamente a algunas molestias inevitables...

—Gracias, prefiero esperar —respondió Steve maquinalmente.

—No insisto. Pero no podrá usted rechazar la invitación a cenar que le formulo en nombre de nuestro ilustre colega. Pasaré a recogerle en mi coche dentro de... ¿le parece dos horas? ¿O será temprano para usted?

—Está bien. Acepto muy agradecido.

—De acuerdo —Abbasim tendió de nuevo la mano—. Querido doctor Randall, conocerle ha sido para mí una gran satisfacción. Esta noche hablaremos extensamente. Ardo en deseos de exponer a un técnico las ideas que me sugirieron los primeros hallazgos efectuados en el Tell Kudur. Sería maravilloso que usted me las confirmase.

—Aguardo impaciente la ocasión.

El árabe saludó con elegancia. Steve le acompañó hasta el vestíbulo, le despidió allí, vio a través de la puerta cómo montaba en su coche, un «Studebaker» color limón, y se alejaba calle abajo.

Luego regresó al salón en busca de su vaso de *whisky*.

Quedaba poco.

Fue al bar a renovar el contenido.

En el extremo del bar había un teléfono. Steve lo miró titubeando, pellizcándose pensativo el mentón.

Consultó la guía telefónica mientras el barman escanciaba el *whisky*. El número particular del doctor Tharab. Una gentileza.

Llamó.

El doctor estaba en casa.

—Soy Stephen Randall... Sí, Randall. ¿Cómo está usted? Acabo de hablar con su ayudante. Me ha parecido oportuno agradecerle personalmente las atenciones que ha tenido conmigo y excusarme por no haber aceptado su invitación...

Tharab pronunciaba el inglés de manera peculiar:

—¡Oh, doctor Randall! —exclamó—. Empezaba a inquietarme no haber recibido noticias suyas después del telegrama que anunciaba su visita. Las carreteras son inseguras... Pero ¿qué es lo que dice? ¿Invitación? ¿Atenciones?

Steve acarició el aparato con los dedos.

—Usted me ha enviado a su ayudante.

—¿Yo? ¿A dónde?

—Al hotel.

—¿A qué hotel? Mi querido doctor, ustedes los americanos son dados a las bromas. Yo no sé en qué hotel está usted, y por añadidura no tengo ayudante.

—¿Conoce a alguien llamado Yusuf Abbasim?

—Pues no. Pero me alegra, me alegra muchísimo que haya llegado usted sin novedad. He estado preparando una serie de notas...

Steve dejó de escuchar.

Abbasim le había invitado en nombre de un doctor Tharab que no era el doctor Tharab. ¿Por qué? Acudiría en su busca para llevarle a cenar dentro de dos horas. ¿Por qué? ¡El doctor Tharab no sabía en qué hotel estaba, ni tenía ayudante!

—¿Me oye usted, doctor Randall?

Steve ahuyentó sus pensamientos.

—Le oigo, le oigo perfectamente. Mañana pasaré por el Instituto.

—A las nueve.

—Conforme, a las nueve.

—No sabe cuánto lamento que un compromiso anterior me impida esta noche cenar con usted. Pero mañana almorzaremos juntos.

—Magnífico.

—Hasta mañana. Buenas noches, y bienvenido, doctor.

Steve depositó el aparato en su soporte.

Su pequeño mundo científico, no siempre tranquilo, no del todo rutinario, había sufrido ahora una convulsión realmente intensa. Extrañas fuerzas habíanse desencadenado en su derredor. Todo había comenzado después de una ducha, a última hora de una calurosa mañana, en una habitación de hotel. Sería curioso ver de qué modo terminaría.

El *whisky* esperaba.

Steve firmó la nota, tomó el vaso y se lo llevó al salón.

Tenía dos horas por delante. Dos horas hasta que Yusuf Abbasim reapareciese y se aclarase el sentido de la farsa que había representado.

Se arrellanó en una butaca, encendió un cigarrillo y tomó un periódico. No le quedaba otro remedio que aguardar.

Dos horas.

Dos horas y quince minutos.

Abbasim no reapareció.

Era hasta cierto punto lógico. Quizá el propósito del árabe, cualquiera que fuese, habíase cumplido en su anterior visita; y si tenía propósitos ulteriores, quizá los daba por frustrados. Le hubiera gustado, no obstante, saber en qué consistían aquellos propósitos. Todo a su alrededor estaba montado sobre interrogantes, sobre malentendidos, sobre suposiciones, sobre incógnitas. Tenía la desagradable sensación de estar jugando a la gallina ciega; de ser el único que andaba con los ojos vendados entre gente que los llevaba muy abiertos. Y andando con los ojos vendados corría el riesgo de tropezar y caer.

Para caer, la República del Irak no era un lugar lo que se dice cómodo.

Transcurridas dos horas y media, Steve abandonó el salón y el hotel. No le importaba haber aguardado en vano.

Cenó en un recóndito y elegante restaurante turco, su favorito. Estaba lo bastante familiarizado con el país y con su capital para saber que, a través de tempestades históricas y avatares políticos, aun en medio de la bancarrota demagógica, subsistían lagunas de un Bagdad de califas y sultanes, de una ciudad de las Mil y Una Noches refrescada por el aire acondicionado del siglo xx y poblada de huríes vestidas a la moda de París.

Fue mientras cenaba cuando su memoria de estudioso, bien entrenada, reprodujo en un «*flash*» instantáneo un nombre y unas señas: «Ibrahim Harran, 161 Diarbekir Street».

Aquel nombre y aquellas señas habíalos visto una sola vez, anotados con apresurada letra femenina en el margen superior de una de las páginas centrales de una revista francesa.

Era notable recordarlo.

La Diarbekir Street era una calle de aire inglés, una reliquia de tiempos pasados, aunque muy próximos. Una calle tranquila. Tenía árboles en las aceras y casitas con jardín, ahora descuidadas, a ambos lados. Había docenas de calles similares repartidas por todo el Oriente Medio, en El Cairo, Alejandría, Ismailía, Suez, Fort Said, Jaffa, Jerusalén, Ammán, Damasco, Mosul, Aden.

La casita número 161 estaba un poco más descuidada que las otras. Se veía una luz vaga dentro de ella.

Steve tiró del cordón de la campanilla, pero nadie acudió a abrirle.

Luego observó que la cancela se hallaba abierta; la empujó y pasó al jardín. A corta distancia el descuido parecía mayor aún. Había algunas flores, pero crecían entre yerbajos, y el sendero estaba cubierto de hojarasca. La falta de riego había arruinado todo.

También se hallaba abierta la puerta de la casa.

Steve entró. La luz procedía de una habitación a su derecha.

Una habitación sin apenas muebles.

Con un camastro.

Tendido boca arriba en el camastro dormía un hombre. Llevaba unos pantalones por única prenda de vestir y su pecho desnudo aparecía cubierto de un vello de color negro rojizo.

—¡Eh! —llamó Steve, alzando la voz—. ¡Eh, hermano! ¿Eres tú Ibrahim Harran? ¡Eh, despierta!

El hombre no despertó, porque no estaba dormido, sino muerto.

Steve lo descubrió al inclinarse sobre el camastro. No se notaba a primera vista, pero le habían pegado un tiro en la nuca. La sangre que manó por el orificio de la bala empapaba el jergón.

Otro hombre muerto.

Otro nudo siniestro amarrado a la figura de la muchacha americana.

Steve experimentó una sensación de náusea. Adelantó la mano y tocó el cadáver. Estaba todavía tibio. Ibrahim Harran había sido de corta estatura, pero macizo y fuerte. Los rasgos de su cara conservaban un impresionante sello de dureza; irradiaban energía, casi una especie de furor; se hallaban muy lejos del reposo.

Tras enderezarse lentamente, Steve miró en derredor. La habitación, además del camastro, contenía una silla donde el hombre había depositado el resto de su ropa, una tosca mesa y un cajón invertido. Con el pie volvió éste. Debajo había un par de zapatos viejos.

Retrocedió al vestíbulo y encendió la luz. Tenía otra puerta delante y otra a su izquierda. Abrió la segunda, dio vuelta al interruptor y se encontró ante lo que quedaba de un despacho inglés, con las paredes cubiertas de anaqueles para libros, sin un solo libro en ellos, y un gran calendario ilustrado de doce años

antes. Sobre el escritorio, entre abundantes huellas de quemadura dejadas por los cigarrillos, había dos fotos colocadas en marcos baratos. Una era del hombre muerto en la habitación inmediata: aparecía vestido con el uniforme de capitán de la desaparecida Guardia Real del Irak, y destacaban en ella los ojos fríos, la mandíbula voluntariosa, el rostro grave e inteligente, el aire de mando. La otra foto representaba a una mujer joven, gordita, rubia, ataviada con un vestido de mal gusto y ya pasado de moda, que sonreía tontamente. A juzgar por las construcciones que se veían al fondo, esta foto había sido tomada en un país europeo, probablemente Inglaterra.

La mitad derecha del escritorio estaba ocupada por un montón de revistas ilustradas.

Steve cogió una.

Y en aquel preciso instante se apagó la luz del vestíbulo.

No se había oído nada, ni siquiera el chasquido del interruptor. No se oyó nada durante un segundo.

Luego, obrando por instinto, Steve se precipitó a apagar asimismo la luz del despacho, consciente de que le ponía en peligrosa evidencia. Cuando alcanzaba la pared sonó en el vestíbulo un seco estampido y algo arañó la madera del montante de la puerta, a un palmo de su cuerpo.

Una pistola.

Steve accionó el interruptor de un manotazo. Se inmovilizó pegado contra la pared, tieso, rígido, expectante. Ya no ardía en la casa una sola luz: la de la habitación donde yacía Ibrahim Harran había sido también apagada.

En el vestíbulo persistía el silencio.

Después, alguien alentó en las tinieblas. Alguien que avanzaba hacia la puerta del despacho.

A Steve le aturdió un nuevo disparo, tan próximo que el fogonazo chamuscó la manga de su chaqueta. El intruso había disparado a ciegas, desde el umbral, a la espera sin duda de provocar una reacción.

La provocó, pero acaso más rápida y violenta de lo que había supuesto. Steve se arrojó contra él hirviendo de coraje. Sintió el choque de su propia carne contra otra, golpeó rabiosamente y un cuerpo se desmoronó entre sus brazos.

Siguió pegando, buscando a tientas los puntos sensibles.

La pistola disparó entonces por tercera vez.

Una especie de hierro candente le quemó a Steve el costado. Cruzó por su mente el pensamiento de que podía morir allí, en la ignorada oscuridad, estúpidamente, y se volvió loco de furia. Sus poderosos músculos exprimieron al hombre que tenía debajo. Le oyó gruñir. Luego oyó el ruido duro y metálico que producía la pistola al caer al suelo, abandonada por una mano sin fuerza.

Proyectó al hombre lejos de sí de un tremendo empujón, y contuvo la respiración para captar el sonido de su impacto contra una pared. Una serie de ruidos sordos indicaron que el hombre se derrumbaba. A continuación, de nuevo el silencio.



Proyectó al hombre lejos de sí...

Steve procuró orientarse, buscó a tientas la pared, y cuando la encontró trató de dar con el interruptor de la luz.

Su contrincante se repuso antes de que consiguiera su propósito. Pero ya no intentó luchar. Fue hacia la puerta exterior para precipitarse al jardín.

Murmurando una interjección, Steve trató de detenerle. No llegó a tiempo. El hombre escapó. Era sólo una borrosa y oscura figura que trasponía de un salto la cancela cuando el americano salió al jardín. Y cuando Steve llegó a la cancela, un coche se ponía en marcha a unos metros de allí y el hombre se colaba por la portezuela posterior.

Un coche. Un conductor del coche. Ello significaba que el intruso no acometió sólo la aventura.

Dos hombres.

¿Mohamed Riad y Yusuf Abbasim, acaso?

Steve sacudió la cabeza. ¿Por qué pensar en ellos? El automóvil en que habían huido no era siquiera el «Studebaker» de color limón. ¿Por qué relacionar aquellos individuos entre sí?

Se daba clara cuenta de que el incidente pudo haberle costado la vida. Estaba, sin proponérselo, tratando con gente para la cual matar carecía de importancia, y tratando con ella como en el juego de la gallina ciega: con los ojos vendados. A medida que el tiempo transcurría se percataba de esto más y más. Todo era incomprensible, todo hacía más tupida la venda que le impedía ver. Una muchacha americana que aparecía y desaparecía como en los trucos de ilusionismo, un profesor de Matemáticas por quien la policía sentía interés especial, un recepcionista de hotel que moría estrangulado en un lavabo, un falso arqueólogo llamado Abbasim que le colmaba de atenciones sin sentido, un exoficial de la Guardia Real que moría de un tiro en la nuca y cuyas señas llevaba la muchacha americana anotadas en la revista francesa que le había dado a guardar y que Mohamed Riad había hurtado; un criminal, en suma, que disparaba su pistola en las tinieblas y huía al recibir unos cuantos golpes. ¡Extraña galería de personajes! ¡Extraña y disparatada danza macabra la que bailaban ante él!

¿Ante él?

Ojalá.

¡Con él! ¡Con él como uno más de los danzarines!

Steve retrocedió desde el jardín, apretados los puños, y encendió la luz del vestíbulo. En el suelo estaba la pistola. Un arma de mediano calibre, fabricada en Checoslovaquia, muy manejable. Le quitó el cargador. Quedaban dos balas; más las tres disparadas contra él, cinco. Era probable que la sexta hubiera perforado el

cráneo de Ibrahim Harran.

Se guardó la pistola en el bolsillo.

Le dolía el costado. Unos pinchazos ardientes. Hizo una mueca al recordar cómo le había rozado el último disparo que su enemigo efectuara en las tinieblas. Pensó que si las cosas seguían de aquel modo, haberse guardado la pistola resultaría un acto lleno de sentido común.

Abandonó la casa dejando las luces encendidas y las puertas abiertas. El aspecto de la calle no había cambiado. Tranquilo todo. Desierto. Los vecinos de Bagdad estaban sin duda acostumbrados a encogerse de hombros cuando sonaban tiros en mitad de la noche.

Regresó al hotel.

Encerrado en su habitación se quitó la ropa. Lo que tenía en el costado no era más que una rozadura, un arañazo superficial. Apenas sangraba. No había motivo para alarmarse.

¿No lo había?

Optó por tomar un baño tibio, seguido de una ducha fría, para calmar sus tensos nervios antes de acostarse y tratar de dormir.

CAPÍTULO IV

No se sentía en forma.

La mañana en el Instituto de Asiriología fue un fracaso. Mirándole por encima de las gafas, acariciando su blanca y puntiaguda barbita, el doctor Tharab se enzarzó desde el comienzo en una testaruda discusión sobre el entronque racial de los sumerios. En vano Steve expuso ante sus ojos, una tras otra, las pruebas desenterradas en sus excavaciones del Tell Kudur. El profesor árabe había preparado minuciosamente sus notas. Sostuvo la defensa de sus tesis hasta que se le agotó la saliva.

Entonces invitó a Steve a almorzar en su casa.

Le esperaba en ésta un recado telefónico.

Steve aguardó en el umbroso patio, hastiado, con la mente muy lejos de allí, intacto al alcance de su mano el refresco azucarado y sin alcohol con que el doctor, buen musulmán, había querido obsequiarle.

Pero el recado telefónico le atañía a él.

—¿Por qué no me ha contado que tuvo un pequeño tropiezo con la policía? —preguntó Tharab al regresar a su lado.

Steve le miró de hito en hito.

—Precisamente porque fue pequeño.

—Mi admirado colega, las cosas pequeñas crecen en algunas ocasiones. Acaban de pedirme referencias de usted. La policía secreta del Gobierno. Parecen muy preocupados por los motivos de su presencia en Bagdad...

—Lamento que le hayan molestado por mi culpa.

—No ha sido molestia —respondió gravemente el doctor—. Pero quiero advertirle que el asunto en que está usted envuelto debe de revestir suma importancia cuando lo tiene en sus manos la policía del Gobierno. Usted conoce lo bastante bien este país para saber la facilidad con que los problemas adquieren carácter explosivo. Sea

prudente, por favor.

—¿Le han explicado de qué se trata?

—En principio, parece que del asesinato de un empleado de hotel en Dafud El Haj. En principio, querido doctor. Estoy seguro de que eso es sólo la apariencia.

—Opino lo mismo. Sin embargo, yo nada puedo hacer. Me detuve casualmente en ese hotel camino de Bagdad, para no viajar con el calor del día. No es culpa mía si las circunstancias políticas hacen de todos los extranjeros elementos sospechosos.

Tharab guardó silencio. Luego dijo:

—Será mejor que vuelva a su hotel inmediatamente después del almuerzo. Le esperarán allí. Quieren hablarle.

—Volveré, no se preocupe —Steve suspiró—. Dígame, ¿sabe por azar quién es Mohamed Riad?

Hubo una nueva pausa.

La respuesta del doctor le sorprendió:

—Naturalmente que lo sé.

—¿Y bien?

—Es un notorio matemático.

—¿Profesor en Basora?

—Ya no.

—¿Lo fue?

—Desempeñó una cátedra algún tiempo —Tharab titubeó, y al fin añadió con manifiesta repugnancia—: Mohamed Riad es también conocido por sus ideas extremistas y su oposición al régimen actual. Fue destituido y se le acusó de espionaje en favor de Inglaterra, pero desapareció antes de ser procesado y no se ha vuelto a saber de él. Su personalidad es característica de la posición de equilibrio inestable en que mi patria se desenvuelve.

—¿Le conoce usted personalmente? ¿Podría describirle?

—Le he visto solamente en fotografía. Recuerdo de un modo vago que es hombre alto, tendrá ahora unos cincuenta años, elegante, de aire occidental...

—Basta con eso.

—¿Se relaciona Riad con sus dificultades, doctor Randall?

—Estuvo hablando conmigo en el bar del hotel de Dafud momentos antes de que se descubriera el asesinato del recepcionista. Lo conté a la policía, y por un motivo que ignoro no

me creyeron. Ésa es la razón principal de que se interesen por mí.

Tharab se tironeó su barbita blanca.

—Doctor Randall.

—¿Qué?

—Si Mohamed Riad tiene algo que ver con ese asesinato, indudablemente se trata de un complicado asunto político. Insisto en que ande usted con cuidado. Una ligereza podría costarle la expulsión del Irak y ocasionar a sus investigaciones un daño irreparable. Ni siquiera el prestigio y la autoridad del Instituto que me honro en presidir podrían interceder en su favor.

—Todo el mundo sabe que la política me tiene sin cuidado — Steve sonrió—. Es decir, cualquier política de hace menos de tres mil años.

—No esté tan convencido de que todo el mundo lo sabe. Créame, cuando vuelva al hotel haga lo imposible por aclarar las cosas. Yo cuidaré esta tarde de mover algunas influencias.

—Gracias de corazón, doctor.

El profesor árabe esbozó una reverencia.

—Vamos ahora a almorzar y no hablemos más de ello. Esta mañana he olvidado decirle que la braquicefalia típicamente caucásica de los sumerios indica sin lugar a dudas...

Steve cerró los ojos.

Los policías del Gobierno, si no amables, eran corteses. Dos, como de costumbre. Aguardaban impávidos en el salón del hotel.

—Está usted en una situación muy delicada, doctor Randall — dijo uno.

—Eso parece.

—Creo que no le queda otra solución que franquearse con nosotros, a no ser que prefiera afrontar los riesgos que entrañaría la actitud contraria —el agente hablaba un inglés fluido, preciso, ligeramente pedante—. Una actitud, dicho sea de paso, que no comprendemos. Nos hemos puesto al habla con la Embajada americana, hemos tenido un cambio de impresiones con el señor Dudley y se nos ha negado que esté usted vinculado a los con frecuencia impertinentes Servicios de Información de su país. Por tanto, debemos deducir que, o bien trabaja usted por cuenta propia, o lo hace por cuenta de alguna persona u organización que...

—Trabajo por cuenta de la Fundación Kerridge.

—No me refiero a sus trabajos arqueológicos.

—Yo sí.

—¿Debemos entender que insiste en sus declaraciones, doctor? ¿En qué vio a Mohamed Riad en Dafud El Haj, por ejemplo?

Steve se abandonó contra el respaldo de su butaca.

—¡Oh, cielos! ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Se han figurado que soy un espía? Y si lo fuera, ¿les parece que la Embajada iba a reconocerlo?

—Admitamos que no. En tal caso, ¿qué quiso usted decir al afirmar que Mohamed Riad estaba en Dafud? ¿Era una indicación? ¿Sugería una pista?

—¡Van a volverme loco! Quise decir que en el bar del hotel hablé con un hombre que declaró llamarse así. Nada más.

—Pero no era Mohamed Riad.

—Eso no lo sé.

—Ni es posible que diera ese nombre. Sería demasiado, doctor, puesto que la descripción que de él ha facilitado usted coincide con la de Mohamed Riad exactamente.

Steve apeló a sus reservas de paciencia.

—Entonces era Mohamed Riad. Estamos como antes.

El agente que hasta aquel momento había permanecido en silencio, dijo:

—Es calamitoso enfocar así las cosas, doctor Randall —tenía la voz chillona, pero su inglés era tan preciso y pedante como el de su compañero—. Nos obligará a creer que fue usted quien eliminó a nuestro agente, y que pretendió culpar del crimen nada menos que a Riad, con todas sus consecuencias. En este sentido sí comprendemos su actitud, pero no podemos consentir que en defensa de intereses extranjeros sea derramada la sangre de nuestros compatriotas, puesto que la Embajada de su país no le respalda, quedamos en libertad de proceder contra usted directamente. Y es una lástima, doctor, porque en el fondo sospechamos que no cometió usted el asesinato, sino que está cubriendo a alguien...

Steve contenía a duras penas su asombro.

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿El recepcionista del hotel, un agente de ustedes? ¿Un miembro de la policía secreta?

—Un confidente especial. Y muy valioso.

—Cáscaras —murmuró Steve.

Hubo un silencio.

—Tratamos de ser benévolos con usted, doctor Randall —dijo a continuación el agente que hablara primero—. No le declaramos la guerra, no se la declaramos a nadie, pero en estas circunstancias su proceder es inadmisibile. Claro está —el tono del policía se hizo de pronto amistoso e insinuante—, si nos confía usted lo que en realidad sabe con respecto al suceso de Dafud, si se muestra absolutamente franco, el panorama cambiará por completo.

—Así que es eso lo que esperan de mí.

—¿Qué suponía?

Steve se llevó las manos a la cabeza.

—Estoy perdido.

Los dos agentes le miraron sin pestañear.

—¿Perdido?

—¿No lo comprenden? Ustedes no quieren creerme, nadie parece dispuesto a creerme, y sin embargo, mi situación no es más que la del paseante que pisa por distracción un avispero y los enjambres se le echan encima. No es la picadura de ustedes, la de la policía, la que puede causarme más daño. Empiezo a descubrir que me encuentro en un grave apuro, sin saber nada que no haya dicho, habiendo sido todo lo franco que un hombre puede ser; un apuro, por desdicha, del que ni remotamente piensan ustedes sacarme...

—¿De qué está usted hablando, doctor?

—De la continuación de la historia de Mohamed Riad.

Los rostros de los agentes permanecieron impasibles.

—¿Pretende burlarse de nosotros?

—No —dijo Steve.

Y relató la visita del hombre que afirmaba llamarse Yusuf Abbasim, lo que éste le había propuesto, lo que él había contestado y el modo como Abbasim se había despedido.

—Pregunten al conserje, al recepcionista y al botones del hotel —concluyó—. Y ojalá Yusuf Abbasim resulte un personaje tan importante como Mohamed Riad; a no ser que pertenezca también a la policía secreta...

Los dos agentes guardaron silencio.

—No comprendo su mentalidad —dijo uno al fin, en tono fatigado—. A un inofensivo arqueólogo no le ocurren esas cosas.

¿Cómo explica que nuestro hombre en Dafud muriera precisamente el día de su llegada al hotel? Porque no se trata de un hecho aislado, doctor. Hay que añadirle su conversación con el presunto Mohamed Riad, el registro de sus maletas, y ahora las atenciones que con usted ha tenido ese nuevo personaje. No comprendo su mentalidad si realmente espera de nosotros que consideremos todo eso un conjunto de coincidencias.

Steve pensó: «Tú tienes la culpa, muñeca; la tienen tus ojos, tu encanto, tu modo de hablar y de moverte».

¿Y qué?

Por un instante estuvo a punto de soltarlo todo de una vez. ¡La muchacha americana! ¿Dónde estaba y quién era? ¿Sabía ella que había muerto Ibrahim Harran? ¿Sabía que Mohamed Riad se apoderó en Dafud de la revista donde estaban anotadas las señas de aquel hombre?

—Lo grave es que se trata, en efecto, de un conjunto de coincidencias —dijo—. Abandoné mis excavaciones en el Tell Kudur para venir a Bagdad y celebrar una serie de entrevistas con el doctor Tharab, me detuve en Dafud para no viajar con el calor diurno y esas cosas a que usted alude comenzaron a ocurrir a mi alrededor. Ni remotamente sé lo que significan.

¡Esas cosas!

Y otras: el asesinato de Ibrahim Harran, el tiroteo en la casita de Diarbekir Street, por ejemplo. De conocerlas, ¿cuál sería la actitud de los dos policías? ¿Cuál sería, en particular, si sospecharan que él había también intervenido en aquello?

—¿Conoce usted a un hombre llamado Ibrahim Harran? —preguntó de improviso uno de los agentes.

Steve sintió un vacío en el estómago.

—No.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—Descansando. Salí a cenar tarde, volví y me acosté. Pregunten al servicio del hotel.

—¿Dónde cenó?

—En «Esmirna», un restaurante turco de Almazuk Street.

—¿Nadie le había hablado anteriormente de Ibrahim Harran?

—No recuerdo. Mi impresión es que acabo de oír su nombre por primera vez. Y si se trata de otro personaje fantasma...

—Lo es en cierto modo. Le mataron anoche.

Steve apretó las mandíbulas.

Llevaba en el bolsillo la pistola, cuya bala debió de quitar la vida a Ibrahim Harran. Recordarlo en aquellas circunstancias no fue agradable.

—Francamente, me habla usted en chino.

—¿Sí, doctor? Tenemos razones para sospechar que Harran era amigo y colaborador de Mohamed Riad.

—¿Colaborador en qué?

Los dos agentes cambiaron una mirada.

—En sus actividades subversivas. Lo sabe usted sin duda mejor que nosotros.

—¡Yo!

—Doctor Randall, los turbios manejos de Riad y su cuadrilla son muy útiles a determinados elementos extranjeros interesados en que caiga de nuevo sobre nuestro país el yugo del imperialismo.

—¡Cielos! —gimió Steve—. El último imperialismo acerca del cual tengo algunas nociones es el de Nabucodonosor, y Nabucodonosor murió loco el año 562 Antes de Jesucristo. Déjenme en paz, se lo ruego. Estoy más que harto de este asunto. No deseo sino volver cuanto antes a Tell Kudur.

—Si el Gobierno se lo permite.

—Muy bien, si el Gobierno me lo permite.

Los dos agentes se pusieron en pie.

—Poco hemos adelantado, doctor, y crea que es usted quien sale perjudicado con ello. Tendremos que someterle a vigilancia.

—Si además de vigilancia es protección, encantado. No quiero que por confusión me peguen un tiro. Buenas tardes, señores.

Ambos hombres saludaron con fría cortesía.

—Buenas tardes. Y permítanos aconsejarle que se busque padrinos en la Embajada americana si esta situación ha de persistir. Podría ocurrir que descubriéramos alguna relación entre usted e Ibrahim Harran, o que alguien nos informase de que le visitó usted anoche... Sí, doctor Randall, buenos padrinos es lo que necesita.

—Lo pensaré —asintió Steve.

Permaneció en el salón, viendo cómo los agentes salían al vestíbulo y se detenían a hablar con el conserje.

Un botones apareció a su lado.

—¿Señor Randall? —preguntó en árabe.

Steve identificó a duras penas su apellido.

—Sí, yo soy.

—Le llaman por teléfono, señor. Puedo ponerle aquí la comunicación.

—Gracias.

En la mesa central del salón había un aparato telefónico.

—Diga.

—¿Se han marchado?

—¿Con quién hablo?

—¿Se han marchado ya los polizontes?

Era una voz de hombre, matizada con inflexiones burlonas, que se expresaba en inglés con fuerte acento americano.

—Se marchan en este momento. ¿Quién demonio es usted?

—El doble de Burt Lancaster —sonó una seca risa—. Véngase en cuanto tenga el campo libre, ¡y ojo! mucho cuidado con que le sigan. Le espero en un café que hay a doscientos pasos de su hotel, calle abajo. Dese prisa.

—Oiga —dijo Steve.

Pero la comunicación ya había sido cortada.

CAPÍTULO VI

Era un café árabe. Plagado, naturalmente, de tapices y almohadones, con sus mesas bajas y su olor inconfundible.

El hombre era también inconfundible. Se parecía a Burt Lancaster todo lo que puede parecersele un individuo obeso y de corta estatura, de cara blanda y gran nariz, ojos soñolientos y cabello escaso. Vestía con desaliño. Tenía ante sí una taza de té de aspecto poco tentador.

Steve se sentó en un almohadón a su lado.

—¿Está seguro de que no le han seguido? —preguntó el desconocido ante todo.

—He procurado que no me siguieran. Han dicho que me harían vigilar, pero no creo que hayan empezado todavía.

El hombre miró hacia la puerta del local.

—No me fío.

—Allá usted.

—¿Tiene a mano un cigarrillo?

Steve sacó del bolsillo un paquete de tabaco.

Un sirviente se aproximaba.

—Café.

El hombre encendió el cigarrillo y dijo expeliendo el humo:

—Puede llamarme Smith. Es un nombre que servirá como cualquier otro para entendernos.

—¿Necesitamos entendernos?

El desconocido hizo una mueca que movió de un lado a otro su prominente nariz.

—Parece usted un poco disgustado.

—Prescindamos de mis sentimientos personales. ¿Qué es lo que quiere?

—La revista.

Steve clavó sus pupilas en los soñolientos ojos del llamado

Smith.

—¿Qué revista?

—No se asuste. Me envía ella.

—¿Quién?

—La señorita que habló con usted en Dafud El Haj.

—¿Cómo sé que viene usted de su parte?

—Tiene que creerme bajo palabra. Y no se me ponga cabezón, por favor. Dé gracias a Dios porque tiene la suerte de no participar en la fiesta. Lamentamos haberle causado tantas molestias, pero esto ha terminado.

—Puede que sea tarde para terminar —replicó Steve entre dientes.

El sirviente acudía con una cafetera y una taza.

Cuando se hubo retirado, dijo Smith:

—¿Tarde, doctor Randall? ¡Un cuerno tarde! ¿Dónde está la revista?

—Un tal Mohamed Riad se la quedó en Dafud. Comenzó a leer el consultorio sentimental y le interesó extraordinariamente.

—¿Se burla usted?

—Es cierto que ese hombre se la quedó.

Smith pronunció un juramento.

—Es usted imbécil.

—Empecé a serlo en el instante en que esa señorita amiga suya se cruzó en mi camino. No lo niego. Desde aquel momento he tenido que soportar que la gente me hable en enigmas, que muera asesinada a mi alrededor y que se ponga a tirar al blanco contra mí a la primera oportunidad. Estoy hasta la coronilla de esta historia. No sé si me entiende.

Smith inspeccionó ceñudo su taza de té.

—Vaya manera de tomarlo.

—Sugírame otra.

—¡Oh, cáscaras! La chica le presenta sus excusas y le envía sus saludos más afectuosos. ¿No está satisfecho con eso?

—¿Por qué no ha venido ella en persona?

—Porque corre peligro.

—¿Se supone que debo sorprenderme?

—Mire, atíndame —dijo Smith con impaciencia—. Este asunto es muy serio. Cuando usted encontró a la chica, en Dafud, ella

estaba asustada hasta tener los pelos de punta, pero hizo cuanto le fue posible para no meterle a usted en líos. Estaba realizando un trabajo tan delicado que de ningún modo podía exponerse a mezclar en él a un compatriota...

—¿Qué clase de trabajo?

—Debía entrevistarse con una persona. Para la entrevista necesitaba la revista que llevaba consigo, pero inopinadamente vio a alguien y le entró miedo. Trató de ocultarse. Tuvo la buena o la mala suerte de refugiarse en la habitación de usted. Luego, cuando ya no le quedaba otro remedio que ponerse a salvo, le entregó a usted la revista. Consiguió escapar. Pensaba volver y no pudo. ¿Qué quiere? Peor que ustedes lo pasó la persona que debía hablar con ella: murió estrangulada. Era el recepcionista del hotel, por supuesto. Y ahora la chica necesita la revista.

—Eso es absurdo.

—Guárdese sus opiniones. Necesitamos la revista.

—Le he dicho que se la llevó un tipo llamado Mohamed Riad. Y si la necesitan porque en ella estaban anotadas las señas de un tal Ibrahim Harran, es inútil. Harran ha muerto.

El blando rostro de Smith se contrajo en una mueca.

—Lo sé. Pero necesitamos la revista por otra razón más importante.

—Más importante que la vida de un hombre —dijo Steve con sarcasmo—. Muy bien, escuche lo que voy a contarle.

Y relató su conversación con Mohamed Riad, el registro de su equipaje, la visita de Yusuf Abbasim, la aventura en casa de Ibrahim Harran, la actitud que con respecto a él había adoptado la policía secreta.

—El problema ya no tiene solución —concluyó—. Lo único que hará será agravarse. Si los agentes del Gobierno, como es probable, consiguen demostrar que estuve anoche en esa casa de Diarbekir Street, donde es casi seguro que descubrirán mis huellas dactilares, no me sorprendería que me acusaran de asesinato.

—Por imbécil —repitió Smith.

—¡Oh, claro! Un tipo listo se hubiera lavado las manos y hubiese contado a la policía que una muchacha americana se dedicaba a extrañas maniobras cuando fue asesinado el recepcionista del hotel de Dafud El Haj...

—Un tipo listo no hubiera acudido a casa de Harran ni hubiese consentido en que le arrebatasen la revista que la muchacha americana le había confiado. En esa revista, ¿o no se da cuenta? estaba la sentencia de muerte de Ibrahim Harran. ¡Claro como el agua! Mohamed Riad no sabía quién era el agente americano que debía entrevistarse con el recepcionista Alí Rachid. Pensó que sería usted y le afrontó cara a cara; hizo registrar su equipaje, y debió de sospechar que se había equivocado al notar la facilidad con que usted abandonaba en sus manos la revista en que figuraban las señas de Harran. Pero no estaba seguro. Así, en cuanto usted llegó a Bagdad, Abbasim se encargó de sondearle. Esto les convenció de su error. Aunque de todos modos mataron a Harran, puede usted tranquilizarse y dar por sentado que desde ahora le dejarán en paz.

—No si me reconocieron al verme en Diarbekir Street.

—Es un albur que ha de correr. La culpa fue suya por haber ido.

—¿A Ibrahim Harran le han matado para cerrarle la boca?

—¿Qué es lo que ocurre? El recepcionista del hotel era un confidente de la policía gubernamental, o sea un enemigo de Mohamed Riad; Harran, en cambio, era amigo de éste, y sin embargo, ambos han muerto. ¿Por qué?

—Por razones que a usted no le incumben.

—La policía secreta persigue a Riad, y ustedes parece que están también contra él —añadió Steve tercamente—. ¿Eso significa que actúan ustedes de acuerdo con el Gobierno del Irak?

—No. Basta ya de esto, Randall.

—¡Narices! ¿Qué había en la revista, además de las señas de Harran? ¿Un mensaje?

—La clave para interpretar un mensaje —confesó Smith con desgana.

—Bien, ¿qué más? ¿Era Alí Rachid quién debía entregar el mensaje?

—Sí.

—¿Un confidente de la policía secreta?

—Un árabe —una cruel y burlona sonrisa se deslizó por los labios de Smith—. ¿Lleva usted mucho tiempo en estas tierras, Randall?

—Bastante.

—Debería saber, entonces, que entre un árabe amigo del

Gobierno y otro árabe enemigo del mismo existe una diferencia tan pequeña que puede borrarse con un puñadito de dólares. Un simple puñadito, créalo.

—Lo sé. ¿Ha sido también un puñado de dólares, o en este caso de rublos, lo que ha separado a Mohamed Riad del servicio de Inglaterra?

Smith entornó recelosamente los párpados.

—¿Rublos? ¿A qué se refiere?

—Me han contado que Riad fue destituido de su cátedra de Matemáticas y acusado de espionaje en favor de Inglaterra. Es evidente que si continuara haciendo esa clase de trabajo no le combatirían ustedes. Por tanto, deduzco que ha cambiado de terreno.

—No. Eso se lo habrán contado los irakíes.

—Mi colega el doctor Tharab.

—Riad jamás ha, hecho espionaje en favor de los ingleses. Fue un pretexto, una de tantas mentiras, una acusación inventada para exacerbar los sentimientos nacionalistas de la gente. En aquel momento, Riad era sólo un rival político del grupo que se adueñó del poder tras el asesinato del rey Feisal. De un modo u otro había que desprestigiarle.

—Eso era en aquel momento. ¿Qué es ahora?

Smith titubeó. Luego dijo lentamente:

—Ahora es la chispa que puede encender la tercera guerra mundial.

—¿Habla usted en serio?

—No suelo bromear con estas cosas. Entre los numerosos enemigos del actual régimen, Mohamed Riad es el único con fuerza, persuasión personal, influencias y amistades suficientes para hacer triunfar una nueva revolución. Es un elemento peligrosísimo, hábil agitador, dotado de una ambición sin límites. Si él conquista el poder, antes de pocos meses la República del Irak estará en guerra, bien contra la

R. A. U.,

bien contra el Irán. Todo el mundo sabe que un conflicto armado en Oriente Medio, especialmente si el Irak es uno de sus protagonistas, nos arrastrará a todos a una guerra atómica.

—También puede saberlo Mohamed Riad.

—A él no le importa. Adolfo Hitler podía saber cuáles serían las consecuencias de su delirio, pero ello no detuvo su marcha.

—¿Tan grave es el caso?

—Tanto.

Steve dejó vagar la mirada en torno y la detuvo por último en el rostro de su interlocutor. Parecía imposible. Todo. Pensó que había salido de la antigüedad milenaria del Tell Kudur para sumirse en la actualidad más rabiosa, y el cambio era demasiado fuerte. No podía convencerse de que él y un oscuro agente americano que se hacía llamar Smith estuvieran hablando como cosa cotidiana, entre las paredes de un vulgar café de Bagdad, de algo susceptible de destruir el mundo y aniquilar el género humano.

Asombroso.

Asustaba pensar que el fin del mundo y la aniquilación de la raza humana podían depender, en resumidas cuentas, de que él hubiera encontrado a una bella muchacha en su habitación al terminar de darse una ducha.

¡Una muchacha de quien no sabía ni siquiera el nombre!

—Mohamed Riad tiene dispuesta una vasta conspiración que si llega a madurar hará saltar la paz como una carga de nitroglicerina —siguió diciendo calmosamente Smith—. Todos los descontentos le apoyarán.

Tiene prácticamente asegurado el triunfo. Los hombres del Gobierno le persiguen por esta causa, para impedir que se adueñe del poder y los despoje de sus prebendas y beneficios. Pero nosotros, Randall, le perseguimos por un motivo mucho más importante: para que no arruine la paz del mundo. Muchos de los grandes personajes irakíes pactarán con él, como es costumbre entre los árabes, si barruntan que Riad va a salir victorioso, con la esperanza de salvar la vida y la fortuna. Nosotros no pactaremos jamás. Ésta es la situación, puesto que deseaba conocerla.

—Pero sus intereses coinciden con los del Gobierno.

—Sólo hasta cierto punto. El Gobierno del Irak es rabiosamente nacionalista y no tolera interferencias extranjeras. Sospecha que lo único que nosotros pretendemos es salvaguardar los intereses de las compañías petrolíferas.

Steve enarcó una ceja.

—Ha hecho usted que por un momento me olvidara del

petróleo. Bien, es posible que esas sospechas de los irakíes sean más que fundadas.

—¿Tan mezquinos y materialistas nos considera usted?

—No digo que precisamente usted lo sea. Pero soy americano, conozco a mis compatriotas en general y he visto muestras de nuestra política exterior que me han hecho ruborizar. Me parece maravilloso que usted arriesgue su vida y cumpla heroicamente con su deber porque le han dicho que está salvando la paz del mundo. Ahora bien, yo no lo haría sin prestar especial atención a lo que conviene o deja de convenir a los magnates de las finanzas petrolíferas. La Arqueología, querido amigo, enseña a desconfiar de los grandes ideales tanto o más que la historia.

—Muchas gracias por la lección —replicó Smith secamente—. Creo que hemos hablado ya demasiado, y lo que es peor, sin objeto. Debí haberle enviado a paseo cuando me ha dicho que se había dejado robar la revista.

—Quizá. Acláreme una duda, por favor. Usted y la chica de Dafud El Haj, según deduzco, trabajan juntos. ¿A las órdenes de Dudley, el jefe del Servicio de Información de la Embajada?

Smith se puso en pie y se hurgó el bolsillo en busca de dinero.

—No sea cándido, Dudley es un monigote diplomático muy decorativo y nada más. No se lucha contra un tigre esgrimiendo cañas —dejó un billete sobre la mesa—. Randall, no sabe cuánto lamento que sea usted una persona tan completamente nula. Vuelva a su hotel. Ingénieselas como pueda para salir del lío en que se ha metido, buena suerte y adiós.

—Esto no acaba aquí.

—Vaya si acaba.

—No. Quiero ver a la chica. Puedo serle útil.

El agente posó en Steve una mirada desdeñosa y torció la boca en una mueca sarcástica.

—Útil como me lo ha sido a mí: ¡consejos arqueológicos! A usted nadie le necesita. Váyase al diablo y olvide este asunto.

—¡Oiga!

—He oído suficiente.

Smith volvió la espalda y se alejó.

Abandonó el café.

Steve titubeó un instante. Luego salió en pos de él, a tiempo de

verle caminar con paso vivo entre la gente que holgazaneaba en la acera; un hombrecillo oscuro e insignificante, de no ser por la prisa que demostraba en un mundo donde la prisa era poco menos que un fenómeno sobrenatural.

Le siguió.

Smith cruzó la calle.

Dobló una esquina. Luego otra.

En un momento se había situado en los umbrales del antiguo barrio turco, donde en el siglo XIX solían residir los funcionarios del Sultán encargados de arrancar a los árabes mesopotámicos el diezmo de sus tristes cosechas de fruta, tabaco y algodón. Allí empezaban los tenduchos y los puestos de venta callejeros. Las moscas zumbaban. Impregnaban el aire los primeros olores nauseabundos.

Smith dobló una nueva esquina, y cuando Steve la dobló también ya no le vio.

No se lo había tragado la tierra. No había tenido tiempo de alcanzar la esquina siguiente. No se había ocultado, pues no parecía haberse percatado de que era seguido.

¿O sí se percató?

Se mostraba seguro de sí mismo, lleno de aplomo y confianza, un tanto fanfarrón a su manera, pero era sin duda experto en su oficio, un hombre habituado a las situaciones peligrosas, y cabía esperar que tomara precauciones sin aparentarlo.

¿Y bien?

La cuarta casa del lado derecho de la calle ostentaba un rótulo en caracteres árabes. Era una posada u hospedería, lo que en Oriente Medio se entendía por hotel antes del turismo y del petróleo.

Steve entró.

Se encontró en un pasillo corto y ancho, sombrío y polvoriento, donde había un escritorio de la época de las guerras balcánicas. Una escalera arrancaba al fondo.

Por el costado del escritorio, a ras del suelo, asomaban unos pies.

Eran los pies de un hombre. Gordo, viejo, grises y apolillados el cabello y la barba, ataviado con un raído caftán. Yacía en tierra como muerto.

Pero vivía. Sólo había perdido el conocimiento a consecuencia de un golpe, cuya marca ostentaba en la frente.

Mientras Steve le tomaba el pulso, arriba, en lo alto de la escalera, sonaron sucesivamente un estrépito de pataleo, un disparo y un largo aullido de dolor.

CAPÍTULO VII

Sin un instante de reflexión se lanzó Steve escaleras arriba. Cuando pensó que estaba cometiendo una temeridad inútil, encontrábase ya en la amplia, oscura y maloliente sala del piso superior, a la cual se abrían varias puertas cubiertas por sendos tapices. Detrás del primero de éstos se oía patalear.

¿Una temeridad inútil?

Steve palpó en su bolsillo la culata de la pistola que consiguiera en casa de Ibrahim Harran. Contuvo el aliento.

Apartó el tapiz.

La habitación del otro lado era grande, estaba amueblada a estilo oriental y lo más visible de ella era una enorme y pesada otomana.

El hombre llamado Smith yacía en el suelo a dos pasos del umbral, doblado sobre sí mismo, estremeciéndose convulsivamente.

A la izquierda se encontraba un individuo alto, vestido a la europea y tocado con un *fez*, que empuñaba una pistola. Junto a la otomana, otro individuo tenía presa entre sus brazos, cubriéndole con una mano la boca, a una mujer a medio vestir. Era ella quien pataleaba, pugnando por desasirse. Steve tuvo apenas tiempo de reparar en su cabello rubio claro y en sus piernas admirables, porque el individuo alto le encañonó.

¡De nuevo la danza de la muerte!

Steve proyectó contra aquel hombre su sólida masa de hueso y músculo. El hombre disparó, el estampido del arma sacudió la habitación, la bala se incrustó en el suelo. Steve alcanzó su objetivo con tremendo impulso y derribó al hombre. Éste le pegó con la pistola en la cara, se revolvió, logró librarse de su peso y se puso en pie.

El negro y redondo ojo del arma apareció a unos palmos del rostro de Steve, quien se hallaba en aquel momento aturdido por los

golpes, pero consciente, muy consciente. Demasiado. Adivinó que el hombre iba a disparar por tercera vez. Se contorsionó desesperadamente, como un reptil cazado en una trampa.

En el aire vibró un nuevo y estruendoso estampido.

Steve, que había salido a rastras de la trayectoria del proyectil, tenía ya en la mano la pistola conquistada la noche anterior. Bendijo la inspiración de habérsela apropiado y apretó el gatillo. Le produjo una sensación extraña, un estallido de recuerdos, notar entre sus dedos el mortífero salto del arma.

El hombre del *fez* se tambaleó y retrocedió con paso vacilante.

De reojo observó Steve que el otro individuo había inmovilizado a la mujer dejándola sin conocimiento de un puñetazo, por lo cual tenía las manos libres y estaba en condiciones de intervenir en la lucha.

—¡No se mueva! —le gritó en árabe—. ¡No se mueva o le abraso!

El hombre hizo caso omiso de la orden. Saltó. Agarró lo primero que encontró y se lo arrojó a la cabeza.

Era un narguilé que estaba en el suelo junto a la otomana. Bastante pesado. Steve quiso salvarse del golpe, pero no pudo impedir que el objeto le alcanzase en el cuello y el impacto le impulsara contra la pared.

Una niebla roja se extendió ante sus ojos. A través de ella, sintiéndose débil, impotente, flácido, advirtió que el hombre le acometía. Intentó levantar la mano derecha, y al hacerlo se dio cuenta de que había soltado involuntariamente la pistola.

Estaba inerte.

Obró de manera maquinal, en respuesta a antiguos hábitos implantados en él. Cuando su enemigo alzó los brazos para atacarle, le asió por las muñecas casi con la punta de los dedos. Luego, inclinándose de improviso hacia atrás, disparó un puntapié que hizo al hombre perder el equilibrio. Añadió un hábil empujón. El hombre cayó de costado girando sobre sí mismo y dio violentamente de cabeza contra el suelo.

Pero el triunfo estaba lejos aún.

Un tremendo golpe en la espalda cortó a Steve la respiración. Comprendió que el individuo del *fez* había salido bien librado del balazo, y sin embargo, antes de volverse y enfrentarse con él,

incrustó los tacones de sus zapatos, dos, tres, cuatro veces en la cara del caído, hasta que un segundo golpe le envió vacilando al lado opuesto de la pieza.

El hombre alto, desprovisto ahora de su pistola, le seguía. Steve se volvió para recibirle. La inercia se lo echó encima. Tuvo que cargar con todo su peso. El hombre le dio un cabezazo en el pecho y otro en el hombro, que iba destinado a su mandíbula. Steve quiso aplicarle una presa y falló. El tercer cabezazo descargó en su cara y le hizo creer que le había roto un pómulo y aplastado la nariz.

Tenía que vérselas con luchadores expertos, no con aprendices. Pensó en ello mientras le invadía un dolor cálido y angustioso. Contra aquellos hombres no servían de nada los recursos comunes.

Se deslizó al suelo entre las piernas de su contrincante y le agarró el muslo y la pantorrilla con ambas manos. Aplicó una tenaza brutal. Apretó furiosamente. El hombre se retorció, gimiendo, y concluyó por derrumbarse como una torre en cuyos fundamentos hubiera estallado una carga de dinamita.

Steve montó a horcajadas sobre él y le hundió los dedos en la garganta. A un hombre vulgar le hubiera estrangulado en un instante, pero el individuo del *fez* era resistente como un toro. Luchó, rodó de costado, arrastró a Steve consigo y le clavó el puño derecho, e inmediatamente el izquierdo, en la boca del estómago. Steve no pudo por menos que ponerse fuera de su alcance, pues el duro castigo que había recibido comenzaba ya a nublar su conciencia. Por un instante el mundo semejó planear a su alrededor. A duras penas logró hacerse a un lado para que el tercer mazazo del hombre pegara en el vacío.

Al levantarse encontró ante sí una pequeña silla de las llamadas persas. Su enemigo, a pocos pasos, estaba agachado, respirando vigorosamente. Steve cogió la silla, la volteó y se la destrozó encima. El hombre quedó inmóvil.

Durante unos segundos no ocurrió nada.

Luego, antes de que Steve se repusiera por completo, volvió a entrar en combate el individuo que había tenido asida a la mujer. Encontró al americano cansado, estupefacto. Sin gran dificultad le agarró de los brazos y se los dobló a la espalda hincándole una rodilla en los riñones.

—¡Vamos, Jafed! —ordenó jadeante—. ¡Vamos, levántate,

pégale!

Jafed, el alto, comenzaba a sacudir la cabeza, con la mitad de la silla persa a caballo sobre los hombros. Poco a poco se levantó.

Procedió enseguida a cumplir la orden.

Sabía pegar. Sabía cargar el peso de su corpachón en cada golpe. Conocía los puntos sensibles del cuerpo humano como el mejor anatomista. Una ciencia que no había adquirido en un día, en un mes ni en un año.

Steve comprendió que no podría resistir aquello. Hizo un esfuerzo desesperado. Disparó un pie hacia atrás. Calculó bien, a juzgar por cómo se aflojó la presa con que el árabe situado a su espalda le retenía. Entonces, de una sacudida, se soltó.

Cazó al vuelo uno de los peligrosos puños de Jafed, giró, bajó un poco un hombro, apuntaló sobre él el brazo del hombre, tiró, y Jafed salió volando para aterrizar como una mole informe ante la otomana.

El otro hombre, doblado hacia adelante, se oprimía el vientre con las manos y hacía muecas de dolor. Steve dio un paso hacia él.

Sólo un paso.

Las náuseas acudieron a su encuentro, negros fantasmas se agitaron en círculo, el suelo subió y bajó como el puente de un buque en plena tempestad, la habitación semejó mudar de dimensiones. Steve hubo de buscar apoyo en la pared para no caer.

Desde allí oyó, ensordecedor, un nuevo disparo.

A la cabeza del hombre le ocurrió una cosa rara. Steve la vio desquiciarse, vio sangre, vio que el hombre se encogía como un acordeón. Trató de serenarse oprimiéndose la frente con las manos.

La mujer, arrodillada en el suelo, se había apoderado de una de las pistolas, y era ella quien acababa de disparar el tiro. Su rostro tenía una expresión patética. Estaba ya volviéndose hacia Jafed, quien avanzaba rápidamente a gatas desde la otomana en dirección a la puerta. Disparó otra vez, pero la pistola produjo solamente un chasquido metálico y nada ocurrió. Jafed se enderezó al llegar a la puerta, escapó a todo correr y sus pasos se perdieron escaleras abajo.

Steve pensó que aquella pistola era la suya, en la que no había más que dos balas. Consumidas ambas, Jafed había salvado el pellejo.

Cinco tiros por lo menos se habían disparado en la habitación: estaba demasiado aturdido para contarlos. Cinco o seis tiros en el corazón de un barrio populoso, en el centro de Bagdad. Era puro azar que la policía no hubiese ya intervenido.

La mujer se hallaba ahora junto al cuerpo de Smith. Tirando de sus ropas descubrió una fuente de sangre en su pecho. Estalló en sollozos.

—Ha muerto...

Steve, infinitamente cansado, apoyado todavía en la pared, miró en torno. Smith, en efecto, estaba muerto. También lo estaba el árabe contra el cual había disparado la mujer. Los dos cadáveres, el olor a pólvora y la silla persa destrozada, eran los principales vestigios de la escena desarrollada en la habitación.

Los principales, no los únicos.

La mujer tenía desgarrada la poca ropa que llevaba puesta, el cabello en desorden, marcas rojas y arañazos sangrantes en la delicada piel. Steve la contempló con asombro. Su malparado atuendo no era el de una Occidental, sino el de una indígena irakí, y sin embargo, ella no era una indígena irakí.

Era la muchacha americana de Dafud El Haj.

—Vamos, tranquilícese —dijo él, haciendo un esfuerzo—. Lo ocurrido no tiene remedio. Debemos salir pronto de aquí.

La joven alzó sus enigmáticos ojos.

—Estoy todo lo tranquila que se puede estar.

—¿No hay nadie en esta casa?

—No sé. El portero, abajo.

—El portero no cuenta —Steve avanzó hacia ella y se inclinó para ayudarla a levantarse—. Por favor.

Era verdad a medias que estaba tranquila. Más bien parecía hipnotizada o hechizada, sin noción exacta de lo que acababa de suceder, indiferente al precario abrigo que le prestaban sus maltrechas ropas orientales. Pero era la misma, exactamente la misma muchacha de Dafud El Haj, con su fresca y turbadora belleza.

—Tenemos que marcharnos antes de que la policía intervenga, antes de que la curiosidad de los vecinos pueda más que su temor a los disparos. —Steve la mantenía en pie ante sí sosteniéndola por los brazos—. Procure pensar si hay algo especial que quiera

llevarse. Deprisa, se lo ruego.

—No hay nada.

—Necesita alguna ropa con que cubrirse. No puede salir a la calle así.

—Ahí dentro.

El descorrió la cortina de ajado damasco que cerraba la boca de la alacena señalada por la joven. Halló ropas de mujer a la usanza árabe, un cesto de pajas multicolores, un periódico arrugado.

Tomó una túnica-albornoz bordada, como solían llevarlas las damas de Bagdad en las familias tradicionales.

—Póngase esto.

La muchacha le miraba con una chispa de inteligencia en los ojos.

—Usted es el americano del hotel...

—Sí.

—¿Tiene la revista?

—Luego hablaremos. Cúbrase y vámonos.

Ella se envolvió en la túnica y ocultó bajo la caperuza su cabello rubio. Su mirada se posó en el cadáver lastimoso de Smith, pequeño, obeso, narigudo y blando. Un estremecimiento la sacudió.

Steve la condujo hacia la puerta.

—No piense más en lo que ha pasado. ¿Tiene su amigo algún documento o cualquier cosa que convenga guardar?

—No. Sus papeles servirán para identificarle. La Embajada cuidará de él —la voz de la muchacha adquiría firmeza—. Vámonos, y gracias. Por la parte de atrás será mejor.

Había una segunda escalera descendente en los tenebrosos fondos del piso, dónde una espesa mezcla de hedores parecía haberse remansado. La planta baja apestaba a estiércol. La claridad del atardecer se filtraba en débiles hilos por los resquicios de las ventanas cerradas.

Una pequeña puerta. Un patio.

Una callejuela, con un almacén de artículos de cuero en la acera contraria y la inevitable cohorte de haraganes arrastrando los pies por el arroyo.

Allí todo estaba en calma.

Hasta que, súbitamente, dejó de estarlo. El disparo provocó un torbellino de carreras. La bala desconchó la pared a un palmo de la

cabeza de Steve.

El tiro procedía de un lugar indeterminado, callejuelas arriba.
Un tiro.

La muchacha lanzó un grito ahogado. Sin titubear, arrastrándola por una mano, Steve echó a correr hacia el recodo que tenía enfrente. Una segunda bala rebotó en los guijarros del pavimento, mientras el ladrido del arma rasgaba de nuevo el aire acompañado de un coro de aullidos de terror.

Instantes después el recodo de la callejuela les había protegido.

La joven respiraba con agitación.

—A salvo —murmuró Steve, oprimiendo su mano.

La callejuela desembocaba en otra vía más ancha, atestada de gente, entre la cual los últimos disparos habían sembrado gran confusión. A la derecha, a cierta distancia, se encontraba la calle donde abría su puerta principal la vieja hospedería que ellos acababan de abandonar. Por aquella parte la confusión era mayor aún.

Steve se llevó a la joven en dirección contraria.

Momentos después salían del barrio turco y descubrían, no lejos, la moderna mole del Heluak Palace Hotel.

—¿A dónde puedo conducirla? —preguntó él.

Entre la caperuza y el velo que ocultaba la parte inferior de su rostro, a la manera árabe, los ojos de la muchacha centelleaban.

—Es inútil.

—¿Por qué es inútil?

—Porque estoy segura de que nos han seguido. Son tenaces. Nunca abandonan su presa.

Steve hizo un ademán de impaciencia.

—¿Tiene o no tiene usted un lugar adónde ir? Mi hotel se halla vigilado por la policía del Gobierno; puedo llevarla allí si no le importa tropezarse con los agentes.

—No. Déjeme sola.

—¡Ni soñarlo!

—Sé lo que me digo. Llama usted demasiado la atención exhibiéndose junto a una mujer vestida a la moda tradicional indígena.

—Me gusta llamar la atención.

—Esto no es un juego.

—No digo que lo sea. Necesito hablar con usted. Conozco un restaurante donde no se sorprenderán de ver a un americano en compañía de una mujer árabe, un local de reputación lo bastante equívoca como para que nadie nos moleste. Agradezco sus esfuerzos por dejarme fuera del asunto en que está usted metida, pero es ya demasiado tarde. ¿Cómo se llama? ¡No conteste que Smith!

—Marian Burton —susurró la joven.

—Yo soy Stephen Randall, miembro de la Fundación Kerridge, director de las excavaciones arqueológicas del Tell Kudur; y en este momento algo así como su tutor. Sígame y no proteste.

Marian Burton no protestó.

El camarero era un grecochipriota bizco y bigotudo que hablaba indistintamente árabe e inglés con la misma defectuosa pronunciación. Depositó sobre la mesa la fuente, la botella y un bote de mostaza, guiñó su ojo estrábico y salió del reservado cerrando la puerta.

—Ahora se supone que usted y yo iniciamos una aventura galante —dijo Steve—. Hable. ¿Qué querían los hombres que la han atacado y han matado a su amigo? ¿Quiénes eran y por qué lo han hecho?

La joven, en silencio, echó atrás la caperuza de su albornoz y se quitó el velo del rostro.

—No debo contestar a esas preguntas.

—Las contestará de todos modos.

Hubo un silencio.

—Los hombres que me han atacado querían esto —dijo luego Marian.

Introdujo la mano entre sus ropas y sacó del seno una hoja de papel doblada. La extendió sobre la mesa.

Steve vio que se trataba de una cuartilla de números mecanografiados. Frunció el entrecejo. Miró a la muchacha a los ojos.

—¿Es un mensaje?

—Sí.

—¿Un mensaje que puede salvar la paz del mundo? Ella pestañeó.

—Búrlase, si quiere, pero ha acertado. Dos hombres han muerto antes de que llegara a mi poder, y ahora de usted depende que el

mensaje cumpla o no su cometido.

—Salvar la paz del mundo —repitió Steve entre dientes—. Y depende de mí.

—A usted le di a guardar una revista en Dafud El Haj.

—¿Y qué?

—La revista debe servir de clave para interpretar este texto.

Él tomó la hoja de papel y estudió la larga relación de números con la sonrisa en los labios.

—Elemental —dijo al cabo de un momento—. Los números indican las letras que es preciso ir tomando del texto clave. Puede utilizarse una revista, un libro, lo que sea, y no importa el idioma, con tal que los signos gráficos sean los mismos del alfabeto en que está redactado el mensaje original. El primer número de esta lista expresa la página que se ha de utilizar. Los siguientes, cada letra y la línea en que se encuentra. Aquí, por ejemplo —el dedo de Steve se posó en las cifras 7 (12)—, se trata de la letra séptima de la duodécima línea. ¿Me equivoco?

—Es usted muy listo.

—¡Por favor! Esa clave es la más sencilla del mundo, y hasta los escolares la conocen. Pero es también completamente segura, pues si no se dispone del texto sobre la cual ha sido montada la cifra no hay manera humana de interpretarla. Ninguno de los métodos comunes, basados por lo general en la frecuencia con que una letra repite, sirve para este caso. Aquí, si uno lo desea, una letra no se repite jamás.

—En efecto.

Steve empujó la hoja de papel a través de la mesa.

Tomó la botella de vino de Chipre, miró al trasluz su contenido y llenó los dos vasos.

La muchacha esperaba.

—Lo siento —dijo él—. Tendrá que procurarse otro ejemplar de esa revista. El que me entregó en Dafud se lo quedó un hombre llamado Mohamed Riad.

Vio asomar la emoción al bello rostro de Marian.

—¡No!

—Repito que lo siento.

—¿Quiere saber lo que es usted? —exclamó ella, ardientes de cólera los ojos—. ¿Quiere que se lo diga?

—Su amigo Smith opinaba que soy un imbécil —replicó Steve con calma.

—La palabra adecuada no es imbécil. La palabra es traidor.

CAPÍTULO VIII

Steve bebió un sorbo de vino.

Se sentía absurdamente satisfecho. La dramática, experiencia vívida en el barrio turco había dejado huellas molestas en su físico: magulladuras en el rostro, el golpe del narguilé en el cuello, un foco de dolor en cada uno de los puntos donde le habían martilleado los puños de los árabes. Pero no había huellas molestas en su ánimo. Por alguna razón hallaba un maligno deleite en evocar la reciente lucha, los disparos, la sangre, la muerte misma del hombre llamado Smith.

La razón estaba ante él.

Un rostro oval, de rasgos suaves y tez tostada, dos ojos azul-gris, unos labios tentadores, una tensión femenina destilada como un perfume y turbadora como un hechizo oriental. Marian Burton. Capaz de pegarle a un hombre, sin pestañear, un tiro en la cabeza, y sin embargo, una mujer de carne palpitante, de embriagadora hermosura, que ahora no dependía de vestidos elegantes ni de complicados afeites. Steve recordaba deslumbrado cómo la había visto en la habitación de la hospedería, desordenado el cabello, desgarradas las ropas, con una pistola en la mano y sollozando junto al cadáver de Smith. Ella era la razón de su salvaje deleite.



Una mujer de embriagadora hermosura...

Marian Burton.

Hizo una mueca.

Había pasado demasiado tiempo sumido en la antigüedad milenaria del Tell Kudur, entre seres de piedra, solo y abstraído. Esto tenía que ser. La vuelta al mundo actual y a los seres vivos le

había trastornado.

¿Sí? ¿La vuelta al mundo actual?

Esto tenía que ser, y sin embargo, no era. Sabía perfectamente que quien le había trastornado era aquella mujer sentada ahora ante él en la íntima media luz del reservado del restaurante chipriota. Pensar otra cosa era engañarse.

—Llámeme traidor —dijo, mirando a la joven por encima del borde de su vaso—. Llámeme lo que quiera, y desahóguese. Luego hablaremos con más tranquilidad. No creo que esté ya en condiciones de rechazar mi ayuda.

La pausa había apenas calmado la cólera de Marian.

—Cedí al impulso de pedirle ayuda en Dafud. Vea lo que ha resultado: he perdido lo que a toda costa trataba de salvar y Johnny Ellison ha muerto.

—¿Johnny Ellison? ¿Se refiere a Smith?

—Su nombre era Johnny Ellison.

Steve se encogió de hombros.

—Tengo yo tanta culpa como usted. Si me hubiera dicho en Dafud que la revista era importante, si me hubiera dicho solamente que extraviarla significaba condenar a muerte al hombre cuyas señas estaban anotadas en ella, nada de esto hubiera ocurrido. ¡Oh, muy bien, conozco sus procedimientos! En Corea tuve estrecho contacto con gente como ustedes, superhombres enigmáticos que se hallaban siempre en posesión de la verdad y no compartían con nadie la exclusiva. La vieja historia. Apenas las cosas venían mal dadas, éramos nosotros quienes debíamos correr a sacarles de apuros, cuando no a recoger sus cadáveres. ¡Agentes secretos!

No me haga usted reír, muñeca. En Corea, por lo menos, no intervinieron las hijas de familia como usted. Todas las Mata Hari de vía estrecha fueron mujerzuelas del país.

Marian había entornado los párpados.

—¿Fue en Corea donde aprendió a luchar como lo hizo antes?

—En un comando de asalto de la Infantería de Marina. Cualquier preparación es buena para terminar desenterrando toros alados en Mesopotamia.

La muchacha titubeó. Luego, súbitamente, preguntó en otro tono:

—¿Es bueno el vino?

Steve suspiró.

—No, pero es vino. En un lugar como Bagdad ya basta.

Ella se llevó el vaso a los labios.

Sonreía.

—A fin de cuentas —dijo—, puede que haya tenido suerte conociéndole. Le necesito. Muerto Johnny Ellison, estoy completamente desamparada. La vieja historia, en efecto, los francos y rudos infantes de Marina acudiendo en socorro de los superhombres enigmáticos metidos en un berenjenal. Y si yo no soy exactamente una hija de familia, tampoco soy una mujerzuela del país.

—¿Quién hizo la cochinada de mezclarla en este asunto?

—Me mezclé yo —Marian se encogió de hombros con indiferencia—. Conozco el Irak palmo a palmo, hablo todos los dialectos, he pasado aquí casi toda mi vida. Mi padre era asiriólogo como usted: Richard Burton, es posible que haya oído su nombre. Me encontraba en Londres, poco después de su muerte, cuando uno de los jefes de nuestro Servicio de Información en Oriente Medio me propuso intervenir en una misión de excepcional importancia, para la cual necesitaba agentes capaces de desenvolverse sin dificultad en este país. Me conocía, conocía a mi padre, visitaba frecuentemente nuestra casa en Bagdad. Había pensado que una mujer le sería útil, por la sencilla razón de que los árabes conceden menos beligerancia a una mujer que a un asno.

—De modo que es usted hija del célebre profesor Burton. Si no recuerdo mal, su padre trabajó aquí hasta el asesinato de su amigo el rey Feisal.

—Sí.

—Continúe. ¿Qué pasó en Dafud El Haj?

Marian relató que, como fruto de los contactos establecidos a través de Ibrahim Harran, se había trasladado a aquel lugar para obtener información del recepcionista Alí Rachid. En Dafud vio a Mohamed Riad y comprendió que ella y Rachid corrían peligro. Trató de eludir a Riad, de prevenir al recepcionista, de ocultarse. No pudo. Alí Rachid no acudió a la cita. Temerosa de que la revista que llevaba consigo proporcionara a sus enemigos un indicio de la clave que servía para cifrar los mensajes, clave acordada por intermedio de Harran, se deshizo de aquélla e intentó por última

vez encontrar al recepcionista. Los hombres de Mohamed Riad bloqueaban sus pasos. Dándolo al fin todo por perdido renunció a la empresa, huyó en su coche y regresó a Bagdad.

Johnny Ellison, mientras tanto, trabajaba con propósitos paralelos, y él sí consiguió la información deseada. Fue a entregársela a ella a la hospedería donde se ocultaba bajo el disfraz de mujer irakí y salió de nuevo para localizar a Steve y recobrar la revista, imprescindible para interpretar el mensaje. Pero, al parecer, sus enemigos estaban sobre aviso, habían sin duda consentido adrede en que el mensaje siguiera su curso con ánimo de obtener de él el máximo provecho, y se presentaron de improviso en la hospedería momentos antes del regreso de Ellison. Cuando éste llegó fue recibido con un balazo. A continuación fue Steve quien irrumpió en escena.

—¿De qué trata el mensaje?

—Contiene las instrucciones para encontrar a un hombre que está dispuesto a revelar cuánto sabe respecto a una peligrosa conspiración.

—¿La conspiración que ha de arruinar la paz del mundo?

Marian frunció el entrecejo.

—Ya se refirió usted antes a la paz del mundo en ese tono.

—Su amigo Ellison me dio algunas indicaciones. Pero ¿por qué es todo esto tan complicado? Alí Rachid era un informador de la policía gubernamental, y Harran un colaborador de Mohamed Rían, quien parece hallarse a la cabeza de la conspiración de marras. ¿Por qué no les sonsacaron ustedes a ellos?

—Ninguno de los dos sabía lo que realmente nos interesa, aunque ambos nos han servido de intermediarios. Yo localicé a Rachid gracias a Ibrahim Harran, y Rachid debía transmitirme las instrucciones del hombre que sí sabe lo que deseamos. Harran se limitó a abrirnos las puertas...

—¿Por dinero?

—Naturalmente. Estamos entre árabes.

Steve tomó la hoja de papel que se encontraba sobre la mesa.

—Es decir, que a pesar de los contratiempos y a costa de las vidas de Alí Rachid, de Ibrahim Harran y de Johnny Ellison, la primera parte del plan, cuya ejecución se le encomendó a usted se ha cumplido. En este texto se explica cómo puede ser localizado el

hombre que revelará los detalles de la conjura. Falta, pues, interpretar el mensaje y localizar al hombre.

—Sí.

—Ante todo necesitamos un ejemplar de la revista que usted llevaba consigo en Dafud El Haj.

—Un ejemplar —dijo gravemente la muchacha— que no encontraremos. Esto le dará una idea del perjuicio que usted ha ocasionado.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque la revista es francesa y no circula normalmente en el Irak. En segundo, porque se trata de un ejemplar atrasado, un número de hace año y medio. Si la suerte nos ayuda conseguiremos algunos ejemplares, no digo que no, pero será un milagro que consigamos exactamente el preciso.

—Puede pedirse a París.

—¿En cuestión de horas? Porque es todo cuestión de horas, señor Parnell.

—Me llamo Randall, Steve Randall.

—Quise decir Randall.

—Diga Steve a secas. Y atiéndame. Utilizar esa condenada revista como clave fue un acuerdo que ustedes establecieron con Ibrahim Harran. ¿Tenía él un ejemplar del número en cuestión?

Marian hizo un gesto de sorpresa.

—Sí.

—Perfectamente. Anoche estuve en su casa, vi unas revistas en su despacho. Volveré esta noche.

—La casa puede estar vigilada. La habrá sellado la policía.

—¿Se le ocurre otra solución?

La muchacha extendió una mano a través de la mesa para apoyarla en el antebrazo de él.

—Steve, esto no es una chiquillada. Está usted tan comprometido como yo. La gente de Riad nos matará con sólo que nos pongamos a tiro: esta tarde ha tenido buena prueba de ello. No puede usted volver a su hotel como el inocente profesor de Arqueología que es en realidad. Y yo no dispongo en toda la ciudad de un lugar donde ocultarme. Aparte la posada turca, mi único refugio era mi coche, que está aparcado en la Avenida de Karbala, donde guardo el resto de mis cosas. Es probable que haya sido

encontrado ya...

Steve dijo bruscamente:

—Repito que fue una cochinada mezclarla a usted en esto.

—No diga tonterías.

—Está bien.

—Por favor, Steve. Usted es un hombre de ciencia, como lo era mi padre. Usted, como él, no vive en el mundo donde nos debatimos las demás personas, sino en otro que existió hace siglos. Pero en nuestro mundo la conciencia humana reclama sus derechos e impone sus leyes. Nuestra época atraviesa una terrible crisis moral, y nosotros, los que somos jóvenes, lo menos que podemos hacer es luchar para vencerla. Cada uno lucha a su modo, porque luchar es, simplemente, vivir.

—¿Y vivir es luchar?

—Sí.

—Narices, muñeca. Para una criatura como usted vivir es cerrar los ojos cuando la besa un muchacho, o marcharse al cine del brazo de él, o bailar mejilla contra mejilla a la luz de la luna, o caminar a su encuentro por el pasillo de un templo a los sonos de la Marcha Nupcial.

—¡No me diga que cree usted eso!

—A pie juntillas.

—Steve, es usted inteligente, culto y responsable. Debería comprender que lo que verdaderamente importa está por encima de las minucias de la vida de cada uno. Usted, un hombre entregado a la investigación, debería comprenderlo.

—Lo que comprendo es que usted no se ha enamorado jamás.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Espere a que le llegue la hora.

—Mis reacciones sentimentales, o las de cualquiera, no varían la naturaleza de las cosas.

—Le digo que espere y lo sabrá.

Marian se humedeció los labios con la lengua. Su rostro tenía una expresión peculiar.

—Puede besarme cuando lo desee, no se preocupe. Steve la miró fijamente.

—¿Por qué dice eso?

—Porque leo en su cara. Lo único que le impulsa a prestarme

ayuda es el hecho de que yo sea una mujer y esté físicamente conformada poco más o menos a su gusto. Todos sus argumentos tienen por objeto convencerme de que renuncie a mi trabajo para entregarme con usted a alegres devaneos amorosos.

—Olvidaba que pertenece usted al clan de los superhombres —dijo él con sarcasmo.

Ella se encogió de hombros.

—Puede besarme, repito. Cada uno lucha por lo que le interesa, y usted ha luchado. No me es posible desalentarle, pues necesito que siga luchando hasta el final; así que, ¡vamos! cobre sus réditos cuando lo desee.

Steve reía en silencio. Sacudió la cabeza.

—Despierte, nena. No esté tan segura de sí misma. Todos los hombres y todas las mujeres hemos sido cortados, en el fondo, con el mismo patrón. Por mucho idealismo que nos caliente los sesos, la sangre no deja de circular, e igual tenemos hambre y sed con ideales que sin ellos. A usted le parece que la vida es una cosa muy elevada, llena de exigencias morales, de graves épocas de crisis y de naderías así. A muchos adolescentes se lo parece. Pero aguarde a convertirse en mujer adulta. El día que abra los ojos y vea lo que realmente tiene a su alrededor, caerá sentada del susto. Y abrirá los ojos, no lo dude, porque le circula la sangre como nos circula a los demás. —Steve echó atrás la silla para levantarse—. En cuanto a besarla, tarde o temprano aprenderá también que los hombres adultos no aceptamos regalos de esta clase.

Se había puesto en pie.

—¿A dónde va? —preguntó Marian.

—A llamar por teléfono.

—Pero...

Dejando a la muchacha con la palabra en la boca abandonó Steve el reservado. Recorrió el pasillo en ángulo a cuyo extremo una puerta daba acceso a La sala principal del restaurante.

La gente cenaba: extranjeros procedentes de los países mediterráneos o árabes occidentalizados. El local contaba con una clientela adicta entre los comerciantes griegos que en gran número frecuentaban los mercados de la artesanía textil indígena en la tradicional ruta de Beirut a Basora, por Damasco, Mosul, Bagdad e Hilleh.

Steve llamó por teléfono al doctor Tharab.

—Doctor, ¿podría usted facilitarme un lugar donde pasar la noche? No deseo volver al hotel. Me agradaría un lugar retirado, aunque carezca de comodidades; retirado y discreto.

—¿Es prudente eso, querido colega? —preguntó el árabe con voz que traslucía alarma—. Dadas las circunstancias que me expuso...

—Las circunstancias han cambiado.

—En tal caso sería un honor ofrecerle mi casa.

—Muchas gracias, doctor, pero no me es posible aceptar su ofrecimiento. Tengo razones especiales. Razones propias de un hombre joven que ha pasado varios meses en la soledad del desierto y se encuentra de pronto en una ciudad llena de tentaciones. No sé si me comprende usted.

El doctor Tharab emitió un cloqueo que pretendía ser una risa.

—¡Oh, oh, oh! Déjeme reflexionar... ¿Le convendría un museo?

—¿Nada menos que un museo?

—Un museo en formación. El Instituto adquirió recientemente una villa en El Mutaham que había pertenecido a la Legación alemana, y a ella han sido conducidos todos los restos procedentes de las excavaciones que efectuamos en la cuenca del pequeño Zab. El doctor Safa, que está encargado de clasificar y ordenar el material con vistas a instalar en la villa un museo, suele residir allí, en las habitaciones superiores, amuebladas y acondicionadas todavía como los alemanes las tuvieron. Safa se halla ahora ausente, ha salido hacia Kalat Yeba. Yo guardo la llave de la villa —el cloqueo del doctor Tharab se repitió—. Se me ha ocurrido que el lugar es ideal para usted. La cuenca del Pequeño Zab conserva huellas interesantísimas de las primitivas invasiones caucásicas. Si dedica usted unos minutos de atención a las piezas que luego le indicaré, podrá observar que, como yo afirmo, el pueblo sumerio...

—Gracias —atajó Steve amablemente—. Iré dentro de un rato a recoger esa llave. Mil gracias, doctor.

El humor árabe era siempre una sorpresa para él.

CAPÍTULO IX

El Mutaham era el más elegante barrio residencial, predilecto de los diplomáticos, especialmente hasta los años de la última guerra. Su elegancia parecía haberse acentuado en la actualidad por el hecho de haber pasado un poco de moda. Las grandes villas señoriales alzaban en los paseos las verjas de sus jardines con vaga melancolía, y se hubiera dicho que, tras ellas, los cedros, cipreses y eucaliptus habían crecido demasiado.

Steve contempló un momento la majestuosa construcción de estilo árabe cuya puerta ostentaba dos placas, una en inglés y otra en aquel idioma, con el nombre del Instituto de Asiriología.

—Una estrella le protege a usted —dijo Marian, a su lado—. Nunca hubiera creído que llegaríamos hasta aquí sin ser seguidos e incluso atacados por los hombres de Mohamed Riad. Estaba segura de que vigilaban el restaurante. Esperaba oír el primer tiro en cualquier momento.

El respondió por encima del hombro:

—Nadie nos ha seguido. Compruébelo.

Introdujo la llave en la cerradura.

—Ya sé que no.

La puerta se abrió.

Steve miró atrás antes de entrar. El paseo estaba desierto en cuanto alcanzaba la vista. Era cierto que nadie les había seguido.

Buscó el interruptor de acometida del fluido eléctrico, de acuerdo con las instrucciones que el doctor Tharab le había dado al entregarle la llave. Una solitaria bombilla se encendió en el vestíbulo.

Había grandes cajas de madera por doquier, y más allá, en los salones de la planta baja, se adivinaban moles de piedra, objetos ya desembalados, montones de ladrillos de arcilla. El ámbito de trabajo del doctor Safa. En otras circunstancias les hubiera Steve dedicado

muy gustoso su atención.

Ahora no hizo sino conducir a Marian hacia la escalera, apagando las luces a su paso. Las habitaciones utilizables no estaban en el primer piso, sino en el segundo, y no eran tan confortables como se hubiera podido suponer. Innumerables cachivaches habían sido almacenados en ellas. El piso era en realidad un desván acondicionado para vivienda de la servidumbre indígena de la Legación alemana. Las piezas mejores se reducían a tres, con un polvoriento cuarto de baño y una polvorienta cocina a gas butano instalada evidentemente con posterioridad, sin duda para uso del doctor Safa. Éste no se había mostrado muy cuidadoso ni excesivamente amigo de la limpieza y las comodidades.

Marian, indiferente, miró en torno y sacudió el polvo de una mesa.

—No está mal —dijo—. Es, de cualquier modo, mejor que una tumba. Se lo agradezco, Steve.

Una sombra se extendía por el rostro de él.

—Celebro que le guste. Me permito sugerirle que busque un cacharro, compruebe el funcionamiento de la cocina y ponga agua a calentar. Registre la despensa del doctor Safa. Una taza de té me sentará bien cuando regrese.

—No —articuló la muchacha.

—¿No qué?

Ella titubeó.

—No quiero que se marche.

—Déjelo. Yo perdí su revista en Dafud. He dicho que iría en busca del ejemplar de Ibrahim Harran, e iré.

Marian avanzó unos pasos hacia él.

—Lo hace por mí.

—¿Qué importa?

—¡No, Steve, no consentiré que cometa esa locura! El peligro es demasiado grande y creo que nada se perderá esperando hasta mañana. Suponga que los hombres de Riad le descubren, o que la policía le detiene en casa de Harran.

—No estoy de humor para suposiciones.

La joven sacudió negativamente la cabeza. Dijo con energía:

—En busca de esa revista iré yo.

—Cállese.

Steve echó a andar hacia la escalera.

Pero Marian se encontraba ante él. Justo interceptándole el paso.

Lo que ocurrió fue tan súbito que Steve no se percató de que ocurriría casi hasta que hubo terminado. La muchacha le detuvo. Extendió las manos, las alzó hasta su nuca, se empinó sobre la punta de los pies y presionó contra la suya su fresca y tentadora boca.

—Aunque a usted no le guste recibir regalos —dijo después, echándose atrás—, a mí me gusta hacerlos. Buena suerte, Steve. Procure no olvidar lo que depende de nosotros: la paz del mundo, el bienestar y la dicha de millones de seres humanos, la supervivencia de nuestra civilización. Parece imposible, pero así es. Todo eso lo tiene usted en sus manos.

Él la miró conteniendo el aliento.

—¡Cielos! —exclamó—. Es usted más cándida de lo que suponía, o más artera que el diablo. Lo único que tengo en mis manos son los dividendos futuros de los capitalistas que explotan los pozos petrolíferos de este país. Guarde sus discursos para los idealistas que todavía creen en las hadas, por favor.

Marian no contestó. No dijo nada.

Sólo se heló la sonrisa que curvaba sus bellos labios.

Ante la puerta del número 161 de la Diarbekir Street se avivaba a intervalos la brasa de un cigarrillo.

Steve apretó los puños.

La casa estaba vigilada.

¿Por la policía? ¿Por los hombres de Mohamed Riad?

Un transeúnte se aproximaba por la acera. Steve dejó que pasara a su lado, que se alejase, que se perdiera de vista. Luego saltó por encima de la cancela de la casa número 165.

Deslizándose por la parte trasera, lejos de las ventanas iluminadas de la vivienda, alcanzó el jardín de la casa colindante. Se detuvo ante la tapia que lo separaba del que había sido domicilio de Ibrahim Harran.

Las sombras de la noche amparaban sus sigilosos movimientos.

Desde allí era perfectamente visible, silueteado contra las luces de la calle, el hombre que montaba guardia. Un agente de policía uniformado. Probablemente su puesto estaba en el interior de la

casa, pero había salido para gozar de la brisa nocturna.

Steve se izó a la tapia como un gato. Sus pies no produjeron el menor ruido al asentarse, ya en el jardín de la casa de Ibrahim, sobre un lecho de marchitas y sedientas flores.

Con infinitas precauciones se aproximó a la fachada posterior.

Le inquietaba tener ahora al policía fuera de su campo visual y no poder percatarse de lo que hacía, pero había de resignarse o correr el riesgo de delatarse a sí mismo. Buscó una ventana. La halló cerrada, y no esperaba otra cosa. Sacó del bolsillo unas llaves. Eligió la más larga y estrecha para comenzar a forzar el cierre.

Quince minutos.

Quince tensos y angustiosos minutos.

Cuando dio fin a la tarea, cubierto de sudor, el policía no había aparecido. Pero no sabía si iba a encontrarle dentro.

Se arriesgó de todos modos. Alzó la ventana y se coló por ella.

Había calculado bien: se encontró directamente en el destartelado despacho inglés. Se lo dijeron sus manos al palpar los anaqueles vacíos.

El silencio que reinaba en la casa parecía indicar que el guardia continuaba en el exterior.

Sin perder un instante, a tientas, Steve se dirigió hacia la puerta que conducía al vestíbulo, deseoso de averiguar si estaba cerrada. Lo estaba. Respiró con alivio, e inmediatamente hizo funcionar su encendedor.

La luz de la llamita le guió hasta la mesa escritorio. Si el policía permanecía en la parte anterior de la casa, era imposible que percibiera el débil resplandor, pero si acudía a la parte trasera lo vería sin remedio a través de la ventana abierta y, por supuesto, habría terminado todo.

¿Y bien?

Revistas.

Una, dos, diez, doce, quince. Francesas, inglesas, americanas, italianas, rusas árabes.

Ninguna era la conveniente. Ninguna.

Los cajones del escritorio.

¡Allí!

Steve se enderezó con la revista en la mano. La misma publicación femenina, el mismo número, la misma portada. Le

invadió una sensación de desmoronamiento interno, de descanso, de paz. Su misión estaba cumplida.

Apagó el encendedor porque se había calentado hasta quemarle los dedos y porque ya no lo necesitaba.

Un segundo después supo que aquel acto había sido providencial. Lo supo al oír rumor de pasos en la parte trasera del jardín.

¡El policía había rodeado la casa!

¿Vería la ventana abierta?

Steve tragó saliva con dificultad.

Luego fue todo rapidísimo. El guardia vio, en efecto, la ventana abierta, pronunció un florido juramento y se precipitó al alféizar sin titubear, en un arrebato de audacia suicida. Empuñaba una pistola, a pesar de lo cual no era probable que hubiese considerado el peligro que iba a correr.

El policía entró de un salto por la ventana y se apartó al instante de la zona de media luz.

—Le estoy encañonando —dijo en árabe—. Levante las manos y no se mueva.

Su voz sonaba con aplomo, pero Steve comprendió que mentía. No podía encañonarle. No podía verle. No podía ni siquiera saber si había o no otra persona en las tinieblas de la habitación.

Durante cierto tiempo ambos hombres permanecieron inmóviles.

Al fin oyó Steve que el otro avanzaba en dirección a la puerta del vestíbulo, sin duda en busca del interruptor de la luz. Dejaba libre el camino hacia la ventana, y sin embargo, a él le estaba vedado aquel camino, pues el guardia dispararía en cuanto su cuerpo se interpusiera ante la claridad exterior.

No le quedaba otro recurso que lanzarse al ataque.

Contrajo los músculos, dispuesto al salto apenas se encendiera la luz. Ésta se encendió. Fue evidente que, vigilando la ventana, el policía no había contado con tenerle tan cerca. Por una fracción de segundo esto le impidió disparar.

El poderoso cuerpo de Steve salió proyectado hacia adelante e incrustó al guardia contra la pared. Sus dos puños se cerraron como abrazaderas metálicas en torno a la muñeca de la mano con que el agente sostenía el arma. La garganta de este produjo un ronquido angustioso cuando su muñeca estuvo a punto de quebrarse, y la

pistola cayó al suelo.

Steve, como si no tuviera conciencia cabal de su vigor, volteó al corpulento policía. Le arrancó un grito de espanto. Le derribó de espaldas. Le aplicó sus duros nudillos en el mentón. Hizo que la cabeza del árabe rebotara en el suelo como una pelota.

El guardia perdió el conocimiento y quedó inerte.

Había sido fácil.

Sacudiéndose las ropas, Steve se levantó. Tenía el campo libre. Podía marcharse tranquilamente, con la revista que había ido a buscar y con cuanto le viniese en gana.

Se agachó para recoger la pistola de su contrincante. Otra pistola. Sonrió al pensar en la coincidencia de haber obtenido un arma en cada una de sus visitas a la casa de Ibrahim Harran.

¿Qué ocurriría si la policía le detenía y encontraba aquella pistola en su poder? Todo tenía sus pros y sus contras. ¿Qué ocurriría, en cambio, si le sorprendía desarmado un nuevo incidente como el de la posada turca?

Se guardó el arma.

Hizo una mueca de despedida al inconsciente guardia, apagó la luz y abandonó la casa con la revista bajo el brazo.

Dio unos pasos por la calle.

Dos hombres caminaban charlando animadamente por la acera contraria. Había un «Austin Healey» blanco, con la capota alzada, parado cerca de la esquina.

—Steve.

Dentro del «Austin Healey» estaba Marian Burton.

CAPÍTULO X

Un sentimiento de desconfianza se apoderó de Steve.

Las cosas no eran como debían ser. Había dejado a la muchacha en la villa de El Mutaham, satisfecha de haber hallado un refugio donde pasar la noche. No podía encontrarla ahora dentro de un coche estacionado en Diarbekir Street.

Ella le hacía señas imperiosas.

—Suba, Steve. Pronto.

El montó en el vehículo. Era como soñar, o como si en el juego intervinieran dos mujeres distintas, aunque muy parecidas. Nada quedaba de la Marian Burton patética, despeinada, mal cubierta por ropas árabes, de quién se había separado en el desván del museo. Esta otra Marian llevaba un elegante vestido, azul de última moda, el cabello graciosamente ordenado, una exótica pulsera de plata en el brazo desnudo. Su exquisito perfume flotaba en el interior del coche.

Y había una expresión grave, casi melancólica, en su rostro.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó Steve.

—Porque he reflexionado.

—¿Éste es su automóvil?

La muchacha asintió.

—He ido a buscarlo —forzó una débil sonrisa—. Ya ve, me he mudado de ropa. Vuelvo a ser yo. Lo necesitaba.

—¿Afrontando todos los riesgos?

—Sí, Steve.

—No me lo explico.

Ella no respondió. Puso el coche en marcha, tomó por la primera travesía y continuó hacia el límite de la población.

Encendió los faros.

—Si una se deja arrastrar por los acontecimientos —dijo entonces—, llega inevitablemente el momento en que le es preciso

rectificar su conducta. Compréndalo, Steve. Ese momento ha llegado cuando usted me ha dejado sola. He visto las cosas con demasiada claridad.

—¿Qué cosas?

Estaban en el extremo de la ciudad. La calle, sin pavimentar, carecía de alumbrado y bordeaba un rosario de solares y descampados, con alguna que otra tapia rompiendo la perspectiva. El antiguo distrito inglés donde había vivido Ibrahim Harran se hallaba a la derecha. Al frente y más abajo, en dirección al río, se distinguía el conglomerado de luces de los barrios árabes.

Marian detuvo el coche y encendió el alumbrado interior.

—Tome —en la palma de la mano ofrecía las llaves de la villa de El Mutaham—. Devuélvalas al amigo que se las prestó, y muchas gracias. Ha sido usted muy gentil conmigo, Steve. Dolorosamente gentil.

El exclamó:

—¿Qué demonio le pasa?

—Si quiere saberlo, estoy preparándome para decirle adiós.

—Creí que esa historia había terminado. Permítame que...

—No, Steve. Esta vez no seré yo quien le aparte de mi lado. Será usted quien me apartará del suyo.

—¿Se ha vuelto loca?

Marian movió negativamente la cabeza.

—Ha sido dolorosamente gentil —repitió—, y es por desgracia, difícil que lo olvide. Tiene, según veo, la revista de Ibrahim Harran. El último favor. Démela, se lo ruego.

—Déjese de revistas ahora.

—Démela, Steve, o más tarde se negará.

Perplejo, él depositó la revista en su regazo.

Escrutaba su rostro, trataba de penetrar la extraña intensidad de su mirada. Habíase percatado desde el primer instante de que las cosas no eran como debían ser. Pero ¿cómo eran realmente? ¿En qué sentido habían cambiado? ¿Qué le había ocurrido a Marian en su ausencia?

La muchacha ya no le prestaba atención. Había abierto la revista y extendido sobre una página la hoja de papel cubierta de números. Inclclinada hacia adelante, lápiz en mano, consultaba el texto clave e iba anotando bajo los números las letras correspondientes.

El mensaje apareció descifrado con sorprendente rapidez. Estaba en inglés. Steve pudo leerlo sin dificultad:

«Abdel Chiraz aguarda en casa de su hermano Yakub, 86, Erriad Street. Sus condiciones son: obtener la ciudadanía americana, ser trasladado bajo custodia a los Estados Unidos y percibir cien mil dólares en efectivo».

Aquello había iniciado la danza macabra a cuyos compases cayeron para no levantarse más Alí Rachid, Ibrahim Harran, Johnny Ellison, el hombre de la hospedería turca y quién sabe cuántos otros.

Simplemente aquello.

Sin una palabra, Marian guardó la revista y el mensaje en un compartimiento del *tablier*. Puso de nuevo el coche en marcha.

—¿Quién es Abdel Chiraz? —inquirió Steve.

—Era el presidente del Partido Territorial, hoy disuelto.

—¿Amigo de Mohamed Riad?

—Su principal soporte.

—Y dispuesto a traicionarle a cambio de un buen bocado.
¿Esperaba usted que fuera él su informador?

—Alguien de su categoría —respondió la muchacha secamente.

Conducía en dirección al centro de la ciudad.

—Le visitará, por supuesto.

—Sí.

—¿Ahora?

—Dentro de un rato.

Hubo un silencio.

Steve preguntó:

—¿Puedo saber de una vez qué es lo que pasa?

Marian redujo la velocidad.

—Quiero que me responda usted con absoluta franqueza, Steve. Antes, cuando nos hemos separado, me ha dicho algo muy importante. Era algo referente a los capitalistas que explotaban el petróleo del Irak. Sugería que era en su beneficio y no en el de la paz del mundo por lo que estaba yo esforzándome. ¿De dónde ha sacado la idea? ¿Acaso de lo que le dijo Johnny Ellison?

Él la miró con sorpresa.

—¿Eso era importante?

—Muy importante —la voz de la muchacha se hizo dura—. No es agradable para una mujer besar a un hombre y notar que el beso es recibido con absoluta indiferencia. No lo es obtener en respuesta una ducha fría sobre los propios ideales.

—Quizá me equivoqué —concedió Steve.

—No.

—¿Qué quiere decir?

—Lo siento, pero no se equivocó usted. ¿La idea era suya?

—Sí.

—Está bien. No hubo tal ducha fría, Steve, porque yo no tengo esa clase de ideales. Ocurra lo que ocurra en el Irak, la paz del mundo no se verá en adelante en mayor peligro que hasta ahora. Mohamed Riad no es un belicista. No existe la menor probabilidad de que si triunfa su conjuración se enzarce este país en una guerra contra alguno de los países vecinos. Porque fue eso, ¿no es así? lo que Johnny Ellison le dijo que ocurriría.

El rostro de Steve era inexpresivo como el de una estatua.

—Fue eso, en efecto.

—Una mentira piadosa que Johnny y yo improvisamos para justificar ante usted nuestra conducta. Riad es solamente un político anglófilo que cuenta con el apoyo de las compañías petrolíferas angloholandesas. Para el actual Gobierno del Irak constituye un enemigo temible, de cuya victoria no cabe duda si llega a desencadenar el golpe de Estado que prepara y que instaurará en el país un régimen radical y autoritario no muy distinto del presente, aunque de signo diverso. Pero los intereses petrolíferos americanos sufrirán un daño irreparable. Si la influencia británica vuelve a predominar en Oriente Medio, nuestras compañías están perdidas. A causa de ello, únicamente a causa de ello, el movimiento que Mohamed Riad dirige debe ser desarticulado y aniquilado —Marian titubeó. Miraba rígidamente al frente, a través del parabrisas—. Ya ve usted que no se equivocaba en lo que dijo.

—Agradezco que me haya hablado claro —dijo Steve con voz incolora.

—Hay más aún.

—Es suficiente.

—No, Steve, usted no se da cuenta... Usted es un hombre de

ciencia, escéptico, positivista, pragmático, pero honesto. Usted no puede comprender.

—¿No puedo comprender qué?

—El alcance de la misión que se me ha encomendado. Debo ir al encuentro de Abdel Chiraz para comprar su traición y recibir de sus manos la lista de los principales elementos complicados en la conjura de Mohamed Riad. Estos elementos... serán anulados.

Steve se inclinó hacia adelante.

—¿Anulados?

—¡Por favor...!

—¿Intenta decirme que va usted a visitar a Abdel Chiraz para condenar a muerte a un puñado de infelices cuyo único delito es jugar a la política?

Marian, repentinamente, detuvo el coche. Su mano temblaba cuando colocó la palanca del cambio de marchas en punto muerto.

—Lo que intento decirle es que me he valido de usted para conseguir el nombre y las señas de Abdel Chiraz, que he cedido a la tentación de aceptar su ayuda, que gracias a que soy mujer y se siente usted atraído por mi habré alcanzado mis objetivos. Quiero que piense en ello, Steve. Sé lo que mi conducta representa para un hombre de su mentalidad.

La respiración de Steve producía un sonido sibilante.

—Me ha hundido hasta el cuello en esa cochinada. Me ha hecho responsable del destino de esas personas.

—Sí, Steve —susurró la muchacha.

—¡Oh, Cristo, que estúpido puede ser un hombre!

—Sí, Steve. Quería que lo comprendiese antes de que fuera tarde.

El apretó los puños con callada furia.

—Lo comprendo todo, muñeca, salvo que usted, usted, ¡usted! haya aceptado realizar semejante trabajo.

—Sólo puedo decirle que acepté porque detesto este país.

—¡No es una razón!

—Lo era en el momento en que me lo propusieron. Mi padre acababa de morir, y tiene usted que saber en qué circunstancias. Había sido ignominiosamente expulsado del Irak, tildado de indeseable, cubierto de infamias, calumniado, expoliado. El disgusto le costó la vida. Una vida, Steve, que él había entregado

desinteresadamente a este país, a incrementar sus riquezas culturales, a ensalzar su civilización, a difundir sus valores espirituales. ¡Expulsado por indeseable! Era indeseable para la República porque su labor se había desarrollado bajo la protección del rey Feisal, porque contaba entre sus amigos a Omar Sadduan...

—Todo eso me tiene sin cuidado.

—¡Pero yo no puedo echarme atrás, Steve!

—Siga adelante, entonces. No le digo que haga lo contrario. Es usted libre de avergonzarse de sí misma.

Steve abrió la portezuela del coche.

Marian murmuró:

—Adiós y buena suerte.

Eran las mismas palabras que había pronunciado en Dafud El Haj.

Él se apeó.

—Gracias por haberse apartado de mi camino.

—Steve...

Steve volvió la espalda.

—Al diablo —gruñó.

Se alejó del coche caminando con la cabeza rígida, sintiéndose infinitamente hastiado de todo y de todos, y de sí mismo más que de nadie. La náusea ascendía como una marea dentro de él.

«A usted le parece que la vida es una cosa muy elevada, llena de exigencias morales, de graves épocas de crisis y de naderías así... Pero aguarde a convertirse en mujer adulta. El día que abra los ojos y vea lo que realmente tiene a su alrededor, caerá sentada del susto».

Aquellas frases habían salido de su boca.

¡Cielos! Un hombre podía ser estúpido hasta la abyección.

¡Exigencias morales!

Una mentira piadosa urdida en complicidad con Johnny Ellison para disimular ante sus ojos excesivamente delicados la repugnante realidad.

Marian Burton, oyéndole, se habría refocilado por dentro a copia de tanto reír. Por dentro, por debajo de la exótica, deliciosa y adorable máscara que llevaba puesta. De tanto reír, y con motivo.

Un hombre no podía aislarse durante meses en la soledad milenaria del Tell Kudur sin caer babeando estupideces a los pies de

la primera mujer que le salía al paso. Era ley natural, sin duda.

Steve miró en torno.

Ley natural.

Estaba en una calle amplia de los barrios modernos, un lugar indeterminado, próximo a una plaza circular en cuyo centro se alzaba un obelisco.

El «Austin Healey» de Marian partía en aquel momento.

En el momento de empezar a olvidar.

Steve sintió mal sabor de boca. Buscó en sus bolsillos un cigarrillo, se lo llevó a los labios; y estaba encendiéndolo, con la cabeza inclinada, cuando un coche que pasaba arrimado a la acera redujo la marcha y dos hombres se apearon de un salto a corta distancia de él.

—No se mueva —dijo uno en árabe.

El coche tomó de nuevo velocidad y prosiguió su camino.

¡Era un «Studebaker» de color limón!

Steve miró al hombre y vio una pistola en su mano. El segundo hombre, alto y tieso, había desaparecido situándose a su espalda.

—Déjeme en paz. Cometén un error. Yo soy ajeno a sus asuntos.

—No cometemos un error —los dientes del hombre brillaron en la penumbra—. Es usted un americano apellidado Randall. Y va a echar a andar delante de nosotros sin ofrecer resistencia, o de lo contrario ocurrirán cosas muy desagradables.

—Se equivocan —insistió Steve, exasperado. Había realmente terminado con aquel inmundo negocio y nadie tenía derecho a pedirle cuentas de algo que le repugnaba—. ¡Lárguense! ¡Basta ya de esto!

El árabe aproximó el cañón de la pistola a su estómago.

—¿Nos acompaña por las buenas? Renuncie a sus designios, cualesquiera que sean, créame. Quienes siguen a su amiga no permitirán que escape esta vez.

Steve cerró los ojos.

Un «Studebaker» de color limón. El coche de Yusuf Abbasim.

«Quienes siguen a su amiga».

Ésta era la razón de que el «Studebaker» no hubiera llegado a detenerse cuando de él se apearon los dos hombres: corría en pos del «Austin Healey» de Marian Burton.

CAPÍTULO XI

¿Qué importan los escrúpulos de conciencia cuando uno es un hombre joven que ha pasado en el desierto largos meses y se cruza en su camino una mujer?

Steve se dejó caer violentamente a un lado, eludiendo el cañón de la pistola que le apuntaba, y lanzó un puntapié al vientre del hombre que tenía delante. El hombre resolló y se dobló. Mientras se revolvía en el suelo sacó Steve el arma de que se apoderara en su última visita a la casa de Ibrahim Harran. Disparó casi a ciegas, y el estampido sonó como un cañonazo en el silencio de la noche.

También el segundo hombre había sacado un arma y también disparó. Steve sintió el feroz mordisco de la bala en su carne. La inminencia de la muerte le enfureció. Apretó el gatillo otra vez y al individuo alto y tieso semejó reventarle la cara.

El primero se convulsionaba en el bordillo de la acera.

Sonó a cierta distancia el silbato de un policía.

Steve se puso en pie. Se llevó la mano al muslo derecho, cerca de la cadera. Notó humedad y una sensación ardiente. Sangre. Posiblemente la bala no le había sino rozado.

Ojalá fuera así.

Echó a correr cojeando, tomó por la primera bocacalle y no paró hasta perder el aliento. La cabeza le zumbaba. Los silbatos de la policía eran ya varios, pero ahora se oían muy lejos, escalonados en dirección al centro de la ciudad.

Su mente no funcionaba con precisión.

¿Dónde estaba? ¿Qué se proponía?

Siguió andando como un autómata.

La brillante iluminación y el tránsito rodado de la Avenida Hamún-el-Hadd, donde estaban los cines de moda, los cafés de lujo, los grandes establecimientos comerciales y donde relucía el oro del petróleo, le hicieron reaccionar. En aquel momento supo lo que

necesitaba.

Lo encontró inmediatamente.

Un taxi.

Su memoria científica había registrado las señas como una placa fotográfica.

—Enriad Street.

—¿Qué número, *effendi*?

—Ochenta y seis.

El trayecto se le antojó interminable. Al embocar Enriad Street su cadera emitía una tras otra ondas de creciente dolor. Se sentía como si tuviera fiebre.

Un bloque de construcciones modernas.

La calle describía una curva más allá del bloque. El taxi entraba en ella cuando se oyeron distintamente unos disparos.

—¿Qué es eso? —exclamó el conductor.

—¡No se detenga! ¡Siga!

—¡Tiros!

—¡Siga!

El taxista aplicó el freno.

—Lo siento mucho, *effendi*. Tengo nueve hijos. En estos tiempos hay que ser prudente si se desea que...

Steve abrió la portezuela y se apeó hurgándose el bolsillo. Introdujo por la ventanilla delantera un manojo de billetes.

Se alejó corriendo.

Sabía lo que haría el conductor del taxi. Sabía que existían noventa y nueve probabilidades contra cien de que acudiera directamente a la delegación de Policía más próxima.

Debía darse prisa.

A la salida de la curva de la calle, después de unas tapias ciegas, se hallaba abierta una puerta enrejada.

Steve avanzaba ahora renqueando.

Un patio, palmeras, una fuente, el murmullo de un surtidor.

Una casa. Aroma de malvarrosa y jazmín.

Los disparos habían cesado.

Steve descubrió una puerta, un festoneado arco árabe que irradiaba luz en lo alto de unos peldaños, y se lanzó hacia allí sin vacilar. Oyó un tiro y le pareció que una bala rebotaba a sus pies, pero no se detuvo. Llegó a un amplio salón. Lo primero que vio fue

un hombre que, agazapado junto a un mueble, le daba la espalda.

El hombre se volvió al entrar él. Empuñaba una pistola. Steve tenía la suya en el bolsillo, y comprendiendo que el hombre dispararía antes de que la sacara, se arrojó de cabeza al suelo.

El desconocido, en efecto, disparó, no una vez, sino tres consecutivas. Sus balas persiguieron a Steve, que rodaba vertiginosamente, sin llegar a alcanzarle, cada una fallando el blanco por escasos centímetros. Después de la tercera tenía ya Steve la pistola en la mano. Apretó el gatillo, y el arma tronó.

El hombre había quedado en una posición rara, a medias apoyado en la pared, respirando dificultosamente. La lengua asomaba entre sus labios. Estaba fuera de combate.

Steve se arrastró hacia la puerta que un momento antes atraía la atención del desconocido. No reparó en que, al avanzar, su muslo herido dejaba en los mármoles del suelo un ligero rastro de sangre, pero sí en que, cuando trasponía ya el umbral de aquella puerta, dos hombres más entraban por la que conducía al patio. Con vigoroso impulso salió de su campo visual antes de que disparasen.

—¡No se quede ahí, Steve! ¡Ocúltese! ¡Cuidado!

Era la voz de Marian.

Steve miró en torno sin verla.

—¿Dónde está usted?

—¡Vigile la ventana!

La ventana tenía los vidrios destrozados.

Steve observó que la pieza era un despacho amueblado a estilo árabe, con abundantes libros por doquier, archivos, documentos, marcos conteniendo diplomas colgados de las paredes; probablemente el despacho de un abogado, de alguien que ejercía una profesión liberal.

En el mismo instante asomó Marian por un costado del pesado escritorio y disparó contra el hueco de la puerta una pistola. Steve giró en redondo y, mecánicamente, disparó también, obligando a los dos hombres del salón a retirarse apresuradamente. Luego saltó hacia el escritorio y se agachó junto a la muchacha.

Ella sostenía en su delicada mano un arma negra y ominosa. Estaba muy pálida, con los ojos ardientes, volcánicos, destacando sobre la blancura del rostro. Había algo diabólico en su inquietante belleza.

Un poco más allá yacía muerto un árabe obeso y de edad madura.

—¿Abdel Chiraz?

—Sí.

Steve respiró profundamente.

—Me alegro de que haya usted llegado tarde.

—No he llegado tarde —dijo Marian en tono fatigado—. Tengo los informes. Chiraz me dio una docena de nombres antes de que ellos aparecieran y disparasen a través de la ventana.

—¿La han herido?

—Estoy ilesa.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No lo sé. Yakub Chiraz, el hermano, debe de haber huido. ¿Por qué ha venido usted, Steve?

—Quizá porque el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

Reinaba ahora un denso silencio.

Los atacantes parecían haber renunciado a la acción. Si no eran más que los dos a quienes Steve había entrevisto, era posible que aguardaran refuerzos. El tercero estaba sin duda herido de gravedad. En tales circunstancias les resultaba más que difícil intentar el asalto del despacho.

Steve añadió:

—Esto no puede continuar. Vendrá la policía, y nosotros deberíamos marcharnos antes. No he visto su coche ni el de esos hombres ante la casa.

Marian le miraba escrutadoramente.

—El mío está en la calle lateral.

—¿Habrà manera de salir a esa calle por alguna puerta accesoria?

—Creo que sí.

Él se humedeció los labios con la lengua.

—Muy bien. Si expulso del salón a esos tipos tendremos una posibilidad de intentarlo. No se mueva. La avisaré cuando el camino quede libre.

La muchacha le asió fuertemente del brazo.

—¡No, Steve, por favor! Se lo suplico. Recuerde lo que hablamos al separarnos.

—¿Quiere soltarme?

—No.

Steve dijo entre dientes:

—Usted afirma que ya no puede echarse atrás, aunque se avergüence de sí misma. Yo tampoco puedo. Es demasiado tarde. Cuando un hombre ha vivido solo varios meses en el desierto, es ley natural que cometa cualquier estupidez por la primera mujer que le sale al paso.

—Eso no es lo que piensa en realidad —replicó suavemente la joven.

—¿Acaso lo sabe usted mejor que yo?

—Sí, Steve —dijo ella—. Lo sé mejor que usted.

Él la miró a los ojos.

Allí, en el rincón de aquel despacho, agachados ambos detrás del escritorio, a dos palmos del cadáver de un árabe obeso y con la muerte esperando en el contiguo salón. Allí iba a ocurrir.

Allí, en aquel lugar, en aquel instante. Empuñando una pistola cada uno.

—Dios me ampare —murmuró Steve.

Tomó a Marian por la cintura, la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho. Ella alzó el rostro y le ciñó el cuello con los brazos. Sus labios se unieron. El sintió que la ternura, la pasión y la conciencia de la propia hombría que le hervían dentro desde que vio a la muchacha en Dafud El Haj se desbordaban e invadían como una ardiente marea su sangre.

—Steve —susurró con vehemencia la joven junto a su oído.

La besó en la frente, en los ojos, en las mejillas, en el cuello y otra vez en los labios. Perdió la noción de la realidad. El mundo era sólo como una intensa luz, cegadora, alucinante, embriagadora.

—Déjame —suplicó Marian al fin.

—No. Te quiero. Parece imposible, pero te quiero. No importa lo demás.

La muchacha se libró dulcemente de sus brazos y le miró con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Steve, han podido matarnos.

—No me hubiera importado tampoco.

—Has perdido el juicio.

—¿Y qué?

Marian rió.

Y como fondo de su risa sonó en el exterior, muy cerca de la casa, la nota estridente de un silbato. Otro silbato respondió. Y otro al instante.

Alguien pronunció en el salón un juramento.

Hubo rumor de pasos.

—¡Yessid! —llamó una voz sorda.

—Se marchan —dijo Steve—. Tenemos que salir.

Se puso en pie y de una carrera cubrió la distancia que separaba el escritorio de la pared adyacente al salón. Asomó la cabeza por la puerta.

En el salón sólo quedaba el hombre herido, quien continuaba en la misma posición, semiinconsciente, deslizando entre sus labios la respiración estertorosa.

Marian acudió.

—Vamos.

Las pisadas de los agentes de policía resonaban ya en el patio.

Ellos se internaron en la casa, guiándose por intuición, confiando en la disposición similar de todas las viviendas árabes.

Un corredor inmediato a las cocinas conducía a la puerta que buscaban.

Se oía a los policías vociferar en el salón.

Por fin, la calle lateral.

El «Austin Healey».

Algo ocurría en la esquina.

Un silbato. Disparos. Gritos.

—Los guardias han sorprendido a los dos pájaros cuando huían —dijo Steve. Saltó a bordo del coche oprimiéndose con la mano la pierna herida—. Perfectamente. Esto les entretendrá mientras nosotros escapamos.

Marian ya estaba sentada ante el volante.

El «Austin Healey» partió en dirección contraída.

No había aún policías en aquel extremo de la calle. No había obstáculos. Con un sonoro rugido del motor, el blanco vehículo se perdió en la noche.

El hielo tintineó en los vasos.

Whisky.

Agua de *seltz*.

Un hombre rubio, muy elegante en su batín de seda escarlata, dibujó en sus estrechos y tensos labios una sonrisa. Entregó el primer vaso a Marian, el segundo a Steve y se reservó el tercero para sí.

—Por supuesto —dijo—, no tengo inconveniente en facilitarles la salida del Irak, pero repito que todo podría arreglarse aquí sin mayores inconvenientes. Sí, doctor Randall, la policía gubernamental se ha interesado reiteradamente por usted, y sin embargo, estoy seguro de que bastaría una indicación de la Embajada para que se abstuvieran de molestarle. Todo cuanto usted me ha contado no altera la situación. Por añadidura, acabo de saber que Mohamed Riad huye en estos momentos en dirección a la frontera persa, lo cual, para nosotros, despeja notablemente el horizonte.

Steve se humedeció los labios en el *whisky*. Sacudió la cabeza.

—Lo comprendo, señor Dudley. No obstante, insisto en que deseo marcharme. Necesito unas vacaciones. O acaso le he perdido el gusto a este país.

Charles S. Dudley asintió.

—Como usted prefiera. En cuanto a usted, señorita Burton —su sonrisa se hizo melosa—, confieso que no me explico del todo su actitud. Aunque soy ajeno a sus actividades, por un informe del coronel Hastings estoy informado de la misión que se le encomendó. Que yo sepa, esa misión no se ha cumplido, a pesar de lo cual pretende usted retirarse...

—Eso no es asunto suyo —atajó Marian fríamente.

—Quizá.

—Le he dicho que mi encuentro con Abdel Chiraz se ha producido demasiado tarde. Los hombres de Mohamed Riad vigilaban mi coche y me han seguido con cautela extraordinaria, sin que yo lo advirtiera. Han matado a Chiraz ante mis ojos. Mi única posibilidad de obtener los informes se ha esfumado. Johnny Ellison está muerto; Ibrahim Harran, nuestro contacto con la organización de Mohamed Riad, ha muerto igualmente, y lo mismo Alí Rachid, quien quizá hubiese podido facilitarme el acceso a otro personaje. A estas horas todos los protagonistas de la conspiración se encuentran sobre aviso y habrán adoptado precauciones. El propio Mohamed Riad ha escapado. Es ridículo proseguir el trabajo en estas

condiciones.

—Eso podría discutirse, señorita Burton.

—En todo caso lo discutiré con mis jefes.

Dudley titubeó. Luego se encogió de hombros.

—Conforme. Veré lo que se puede hacer. Disculpenme un momento.

Hizo una breve inclinación de cabeza y abandonó la sala de estar, llevándose su vaso de *whisky*.

Steve tenía los ojos fijos en el rostro de la muchacha. Dijo lentamente:

—Tú no has llegado tarde a la cita con Abdel Chiraz...

Ella no replicó.

Sosteniendo la mirada de él, abrió su bolso de mano y extrajo una cuartilla de papel que su letra clara y femenina, la misma letra que anotó las señas de Ibrahim Harran en una página de la revista francesa, había cubierto de nombres y apellidos árabes.

Depositó la cuartilla en un cenicero.

Sacó del bolso un encendedor, lo accionó y aplicó la llamita al papel.

—Llegué tarde a esa cita, Steve —dijo cuando el papel quedó reducido a unas leves cenizas—. Pero lo único que deseo, querido, es no llegar tarde a otras citas que importan mucho más. Tenías razón: el día en que una abre los ojos y ve lo que realmente tiene en derredor, cae sentada del susto...

Steve pensó sin saber por qué en las ruinas milenarias del Tell Kudur. Luego comprendió la causa: su vida anterior y la vida anterior de Marian Burton estaban ya tan lejos del presente como la cultura del pueblo sumerio.

Y tuvo tiempo de besar a la joven antes de que Dudley reapareciese.

FIN

La exhumación del cadáver de la señora Martin podía, por sí solo, resolver el misterioso caso de su muerte. Howard Rubber estaba seguro de que había sido un asesinato, pero ante el asombro de todos, el dictamen del forense fue...



UN CASO SIN IMPORTANCIA

¡Un caso sin importancia y habían muerto ya dos personas!

¿Qué pasaría cuando aquello pasase a ser "un caso interesante"?...

KEITH LUGER

el celebrado autor, les responde a esta intrigante pregunta, desde las páginas de su última novela, titulada:

UN CASO SIN IMPORTANCIA

Lea esta gran novela en el próximo número de la gran

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Nos agradecerá el consejo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
702 — Jesús Navarro
UNA MUJER SIN PASADO

COLEC. "MADREPERLA"
596 — Celia Bravo
DOS CHICAS IGUALES

COLECCION "ROSAURA"
542 — Carlos de Santander
ROBARON MI CORAZON

COLECCION "AMAPOLA"
429 — Eva Fernán
EL SECRETO DE TIA
ROSITA

COLECCION "ALONDRA"
365 — Isabel Saluena
SU CIEGO CORAZON

COLECCION "CAMELLA"
304 — Rosa Alcázar
LA CHICA DEL COCHE
ROJO

COLECCION "CORAL"
11 — Corín Tellado
PRISIONERO EN SUS
REDES

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "RISONTE"
643 — Raf Segrram
NO QUEDO UNO VIVO

Col. "SERVICIO SECRETO"
507 — Mark Halloran
DANZA MACABRA

COLECCION "BUFALO"
340 — Joe Sheridan
EL INFIERNO DE NEVADA

COLECCION "CALIFORNIA"
187 — Fidel Prado
UN BARRIL DE POLVORA

COLECCION "TEXAS"
208 — Orland Garr
UN "GUN-MAN" AJUSTA
CUENTAS

COLECCION "COLORADO"
132 — M. Lafuente Estefanía
EL CASON DE LA MUERTE

COLECCION "KANSAS"
93 — M. Lafuente Estefanía
PURGA DE PLOMO

Col. "HEROES DEL OESTE"
80 — M. Lafuente Estefanía
LOS HIJOS DEL PISTOLERO

COL. "ASES DEL OESTE"
50 — A. Rolcest
EL DIABLO DEL LATIGO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

Irene Booker era una mujer endiabladamente hermosa, aunque más mala que bella, a la que Bill Geiger debía enamorar. Y la enamoró tan sólo para conseguir su propósito; averiguar de dónde partía un sucio negocio de caballos de raza, que estaba arruinando la región...



MEADOW CASTLE

es el autor de

Un pueblo misterioso

título que da a uno de sus más acertados relatos

¡Romanticismo y amor mezclados violentamente con el odio y el crimen en una trama que cautivará el ánimo de todo el que la lea!

UN PUEBLO MISTERIOSO

¡No olvide este título!

COLECCION BISONTE EXTRA

lo publica esta misma semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



¡LOS MAS MODERNOS E INTERESANTES LIBROS DE RADIOTECNIA! ¡LOS ULTIMOS AD-
LANTOS EN RADIO, CINE Y TELEVISION!

Todo lo hallará en los núme-
ros de la utilísima

**COLECCION
TECNICA AL DIA**



que les presenta este mes un libro de palpitante ac-
tualidad

ADAPTACION Y MONTAJE DE FRECUENCIA MODULADA

Circuitos peculiares de F. M.—Receptores mixtos
A. M./F. M—Adaptadores—Aparatos modernos
Etcétera, etc.

ADAPTACION Y MONTAJE DE FRECUENCIA MODULADA

Recuerde que es un libro de

COLECCION TECNICA AL DIA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

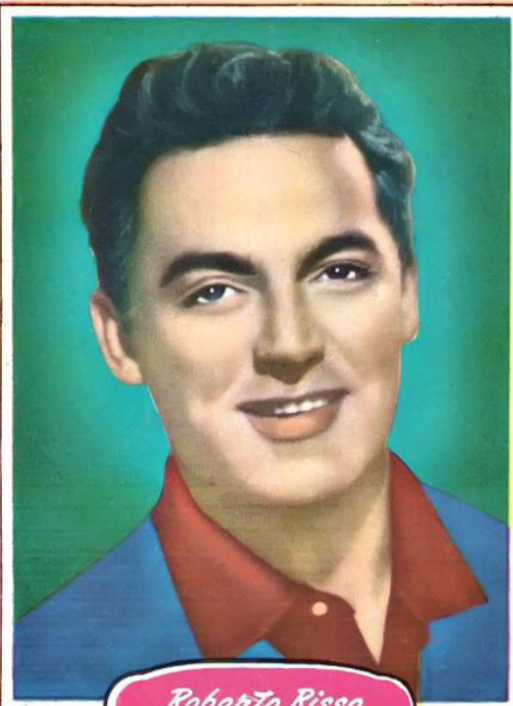
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 - MON-
TEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Roberto Risso

N.º 1083

Célebre actor italiano al que hemos admirado entre otras en: "Pan, amor y fantasía", "Pan, amor y celos", "El obrigo de visón", "Las señoritas del 09" y "El Destino se divierte".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

